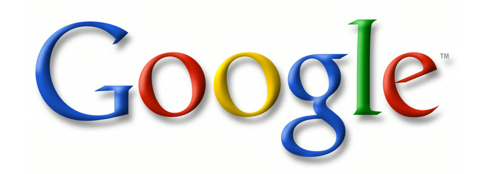


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

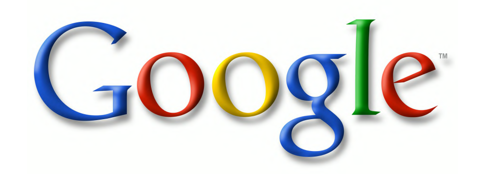
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

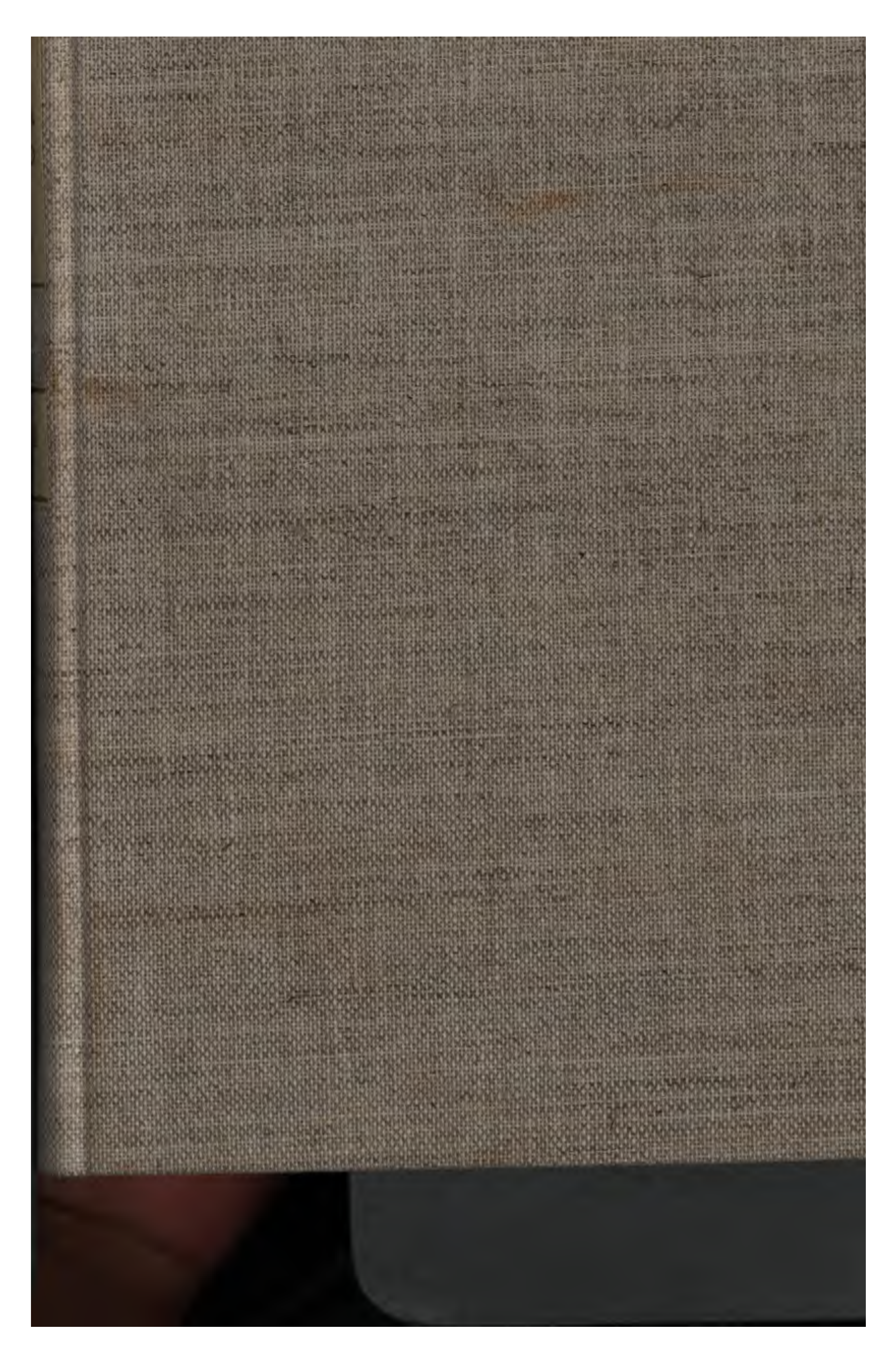
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



This Work, as well as LAS FÁBULAS LITERARIAS, por *Don Tomas de Yriarte*, 1 volume, small 8vo. vellum paper, price 7s. may be had at

A. L. JOSSE'S,

Professor of the French and Spanish Languages, author of a Spanish Grammar, a Course of Exercises, &c. No. 18, Broad Street, Golden Square.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MEXICO,

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA

AMERICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE DE

NUEVA ESPAÑA,

ESCRIBIALA

DON ANTONIO DE SOLÍS,

SECRETARIO DE SU MAGESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE INDIAS.

NUEVA EDICION

CORREGIDA POR

DON AGUSTIN LUIS JOSSE.

TOMO TERCERO.

EN LONDRES:

En la Imprenta de R. Juigné, 17, *Margaret-street, Cavendish-square.*

A EXPENSAS DEL DICHO EDITOR.

Se Hallará

En su casa, No. 18, Broad-street, Golden-square;

Y en las de B. Dulau y Co. Soho-square; T. Boosey, Broad-street, Royal Exchange; White, Fleet-street; De Conchy, New Bond-street; Wingrave, Strand; Longman y Rees, Paternoster-row; y Lackington y Allen, Finsbury-square.

1809.

This Work, as well as LAS FÁBULAS LITERARIAS, por *Don Tomas de Yriarte*, 1 volume, small 8vo. vellum paper, price 7s. may be had at

A. L. JOSSE'S,

Professor of the French and Spanish Languages, author of a Spanish Grammar, a Course of Exercises, &c. No. 18, Broad Street, Golden Square.

HISTORIA

De la Conquista, poblacion y Progresos de Nueva España.

CONTINUACION DEL LIBRO QUARTO.

LIBRO IV.

CAPITULO XIV.

Propone á Cortés Motezuma que se retire; y él le ofrece que se retirará luego que dexen las armas sus vasallos. Vuelven estos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido, perdiendo las esperanzas de reducirlos.

No tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrarios afectos, que unos seguian, y otros violentaban su inclinacion: ímpetus de la ira, moderaciones del miedo, y repugnancias de la soberbia. Estuvo aquel dia en la torre mas alta del

quartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al señor de Iztapalapa, y otros Príncipes de los que podian aspirar al Imperio: viólos discurrir á todas partes animando la gente, y disponiendo la faccion: no rezelaba de sus nobles semejante alevosía: crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo, dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dexó caer en el desaliento, quedando sin accion para ponerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad. Horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de timidos.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luego á los Españoles, y salir á la ciudad, sirviéndose de la mansedumbre y de la equidad ántes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortés por la mañana, y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo mas que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo: "Que ya pedian pronto remedio aquellas turba- "ciones de su república, y convenia quitar el

" pretexto á los sediciosos, y darles á conocer su
" engaño ántes de castigar su delito: que todos
" los tumultos se fundaban sobre apariencias de
" razon; y en las aprehensiones de la multitud
" era prudencia entrar cediendo, para salir domi-
" nando: que los clamores de sus vasallos tenian
" de su parte la disculpa del buen sonido, pues se
" reducian á pedir la libertad de su Rey, persua-
" didos á que no la tenia, y errado el camino de
" pretenderla: que ya llegaba el caso de ser in-
" excusable que saliesen de México sin mas dila-
" cion Cortés y los suyos, para que pudiese volver
" por su autoridad, poner en sujecion á los re-
" beldes, y atajar el fuego desviando la materia."
Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los rezelos que mas le congojaban; pero fueron tan rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicáse, que se descubrian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictámen de que le convenia retirarse por entónces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento: y sirviéndose de lo que llevaba discurrido, para estrañar ménos esta proposicion, le respondió sin detenerse: "Que su ánimo y su en-
" tendimiento estaban conformes en obedecerle
" con ciega resignacion, porque solo deseaba exe-

" cutar lo que fuese de su mayor agrado, sin dis-
" currir en los motivos de aquella resolucion, ni
" detenerse á representar inconvenientes que ten-
" dria previstos y considerados, en cuyo exâmen
" debe rendir su juicio el inferior, ó suele bastar
" por razon la voluntad de los Príncipes. Que
" sentiria mucho apartarse de su lado sin dexarle
" restituido en la obediencia de sus vasallos, par-
" ticularmente quando pedia mayor precaucion la
" circunstancia de haberse declarado la nobleza
" por los populares : novedad que necesitaba de
" todo su cuidado, porque los nobles (roto una
" vez el freno de su obligacion) se hallan mas cer-
" ca de los mayores atrevimientos. Pero que no
" se le tocaba formar dictámenes que pudiesen
" retardar su obediencia, quando le proponia como
" remedio necesario su jornada, conociendo la en-
" fermedad, y los humores de que adolecia su re-
" pública : sobre cuyo presupuesto, y la certi-
" dumbre de que marcharia luego con su exército
" la vuelta de Zempoala, debia suplicarle que,
" ántes de su partida, hiciese dexar las armas
" á sus vasallos ; porque no sería de buena con-
" seqüencia que atribuyesen á su rebeldía lo que
" debian á la benignidad de su Rey ; cuyo reparo
" hacia mas por el decoro de su autoridad, que
" porque le diese cuidado la obstinacion de aque-
" llos rebeldes ; pues dexaba el empeño de casti-

" garlos por complacerle, llevando en su espada y
" en el valor de los suyos todo lo que habia menes-
" ter para retirarse con seguridad."

No esperaba Motezuma tanta prontitud en la respuesta de Cortés: creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfía ó con la desazon en materia que tenia resuelta y deliberada. Dióle á entender su agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luego á sus vasallos que dexasen las armas, y aprobó su advertencia, estimándola como disposicion necesaria para que llegasen ménos indignos á capitular con su Rey. Punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado; y no hallaba camino de componer la soberanía con la disimulacion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia se tocó un arma muy viva en el quartel. Salió Hernan Cortes á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fué posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro, y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que, caminando, al parecer, su vanguardia

sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fueronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas, para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba, y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos: y Hernan Cortés, que tenia formado su reten de Tlascaltécas y Españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros à los puestos mas aventurados, siendo necesaria toda su actividad y todo el ardimiento de los suyos para que no flaqueáse la defensa, ó se llegáse á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés, llamó á Doña Marina, y por su medio le propuso: "Que segun el estado presente de las " cosas, y lo que tenian discurrido, sería conve- " niente dexarse ver desde la muralla para mandar " que se retirasen los sediciosos populares, y vi- " niesen desarmados los nobles á representar lo " que unos y otros pretendian." Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia, con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hizose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandóres afectados que pu-

blicaban su desconfianza; dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenia socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la Magestad. Con todo este aparato, y con los Mexicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion, y asomándose uno de ellos al pretil, dixo en voces altas que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces, y amedrentada las respiracion. Dexóse ver entónces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible, compuesta de su enojo y su rezelo. Doblaron muchos la rodilla quando le descubrieron, y los mas se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento (aunque le

hallamos referido con alguna diferencia) fué, segun dicen los mas, en esta conformidad:

" Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como " delito esta conmocion de vuestros corazones " que no puedo negarme inclinado á vuestra dis- " culpa. Exceso fué tomar las armas sin mi li- " cencia; pero exceso de vuestra fidelidad. " Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en " este palacio de mis predecesores detenido y vio- " lentado: y el sacar de opresion á vuestro Rey es " empeño grande para intentado sin desórden: " que no hay leyes que puedan sujetar el nimio " dolor á los términos de la prudencia; y aunque " tomasteis con poco fundamento la ocasion de " vuestra inquietud, (porque yo estoy sin violen- " cia entre los forasteros que tratais como enemi- " gos) ya veo que no es descredito de vuestra vo- " luntad el engaño de vuestro discurso. Por mi " eleccion he perseverado con ellos, y he debido " toda esta benignidad á su atencion, y todo este " obsequio al Príncipe que los envia. Ya estan " despachados: ya he resuelto que se retiren, y " ellos saldrán luego de mi corte; pero no es bien " que me obedezcan primero que vosotros, ni que " vaya delante de vuestra obligacion su cortesía. " Dexad las armas, y venid, como debeis, á mi " presencia, para que cesando el rumor, y callan- " do el tumulto, quedeis capaces de conocer

" lo que os favorezco en lo mismo que os per-" dono."

Así acabó su oracion, y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion: y otros lloraban de ver tan humilde á su Rey, ó lo que disuena mas, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, fácil siempre de llevar á los extremos su inconstancia: y no faltaria quien la fomentáse, quando tenian elegido nuevo Emperador, ó estaban resueltos á elegirle: que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio: dixeronle á grandes voces que ya no era su Rey, que dexáse la corona y el cetro por la rueca y el huso, llamándole cobarde, afeminado, y prisionero vil de sus enemigos. Perdianse las injurias en los gritos, y él procuraba con el sobrecejo y con la mano hacer lugar á sus palabras, quando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuraron cubrirle con las rodelas dos soldados que puso Hernan Cortés á su lado, previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dexasen de alcanzarle algunas flechas, y mas rigurosamente una piedra, que le hirió en la cabeza rompiendo parte de la sien, cuyo golpe le derribó en tierra sin sentido: suceso que

sintió Cortés como uno de los mayores contratiempos que se le podian ofrecer. Hizole retirar á su quarto, y acudió con nueva irritacion á la defensa del quartel; pero se halló sin enemigos en quien tomar satisfaccion de su enojo: porque al mismo instante que vieron caer á su Rey, ó pudieron conocer que iba herido, se asombraron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quien, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus Dioses, corrieron á esconderse del Cielo con aquel género de confusion, ó fealdad espantosa que suelen dexar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al quarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fué necesario detenerle para que no se quitáse la vida. No era posible curarle, porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas, que terminaban en gemidos: esforzabase la ira, y declinaba en pusilanimidad: la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dexarle por un rato, y dar algun tiempo á la consideracion, para que se desembarazáse de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia, y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural, y el abatimiento de su espíritu, sin aliento para intentar el castigo de los traydores,

y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos. Bárbaro recurso de ánimos cobardes, que gimen debaxo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede ménos.

CAPITULO XV.

Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo. Envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exêquias los Mexicanos; se describen las calidades que concurrieron en su persona.

PERSEVERÓ en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociéndose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal; porque no fué posible curarle como era necesario, hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padeciase lo mismo para reducirle á que tomáse algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro, y Hernan Cortés (que

faltaba pocas veces de su lado, porque se moderaba y componia en su presencia) trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la Religion, llamándole con suavidad á la detestacion de sus errores, y al conocimiento de la verdad. Habia mostrado en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la Fé Católica, desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena, quando le dexaba la suya, y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus Dioses.

Hizo Cortés de su parte quanto pedia la obligacion de Christiano. Rogabale unas veces fervoroso, y otras enternecido que se volviese á Dios, y aseguráse la eternidad, recibiendo el bautismo. El Padre Fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia. Los Capitanes que se preciaban de sus favorecidos, querian entenderse con su voluntad. Doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos: y diga lo que quisiere la emulacion, ó la malicia, (que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles) no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito: discurrir en su ofensa, prorumpir en amenazas,

dexarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traydores; en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas claúsulas de su aliento; y dexando al mundo un exemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos, porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fué general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto, unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia mas que todos, y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo: y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dexáse de manifestar el secreto de su corazon con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos, tarde, ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel Príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habiasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia. Y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento

de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fué llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los mas principales para que sacasen el cuerpo á la ciudad; en cuyo número fueron comprehendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos: unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dixesen de su parte á los Príncipes que gobernaban el tumulto popular: "Que allí
" les enviaba el cadáver de su Rey, muerto á sus
" manos, cuyo enorme delito daba nueva razon á
" sus armas. Que ántes de morir le pidió repe-
" tidas veces (como sabian) que tomáse por su
" cuenta la venganza de su agravio, y el castigo
" de tan horrible conspiracion. Pero que, mi-
" rando aquella culpa como brutalidad impetuosa
" de la ínfima plebe, y como atrevimiento, cuya
" enormidad habrian conocido y castigado los de
" mayor entendimiento y obligaciones, volvia de
" nuevo á proponer la paz, y estaba pronto á con-
" cedersela, viniendo los disputados que nombra-
" sen á conferir y ajustar los medios que pare-
" ciesen convenientes. Pero que, al mismo tiem-
" po, tuviesen entendido que, si no se ponian
" luego en la razon y en el arrepentimiento, se-
" rian tratados como enemigos, con la circunstan-

" cia de traydores á su Rey, experimentando los
" últimos rigores de sus armas: porque, muerto
" Motezuma, cuyo respeto le detenia y moderaba,
" trataria de asolar y destruir enteramente la ciu-
" dad, y conocerian con tardo escarmiento lo que
" iba de una hostilidad poco mas que defensiva,
" en que solo se cuidaba de reducirlos, á una
" guerra declarada en que se llevaria delante de
" los ojos la obligacion de castigarlos."

Partieron luego con este mensage los seis Mexicanos llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguieronle todos, arrojando las armas y desamparando sus puestos: y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos, bastante demostracion de que pudo mas el espectáculo miserable, ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido Emperador, segun la noticia que se tuvo despues, y sería dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirándolas en el nombre, y no en la persona del Rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas, repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron, y le hicieron

pedazos, sin perdonar á sus hijos y mugeres. Otros, que le tuvieron expuesto á la irrision y desacato de la plebe, hasta que un criado suyo, formando una humilde pyra de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Pudose creer uno y otro de un pueblo desbocado, en cuya inhumanidad se acerca mas á lo verisímil lo que se aparta mas de la razon. Pero lo cierto fué que respetaron el cadáver, afectando en su adorno, y en la pompa funeral que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion: si ya no aspiraron á conseguir con aquella exterioridad reverente la satisfaccion, ó el engaño de sus Dióses. Llevaronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exêquias, y guardaban las cenizas de sus Reyes: y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerzas los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones, cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su Rey como hazaña de su atencion, ó como emienda substancial de su delito.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo ménos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dixo; y no lo defiende, ni lo niega: descuido que, sin culpa de la intencion, se hizo

semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen, años despues, los Mexicanos por concitar el odio contra los Españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dixeron entónces, ni lo imaginaron: ni se debia permitir á la pluma, sin mayor fundamento, un hecho de semejantes inconseqüencias. ¿Como era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernan Cortés, quando tenia sobre sí todas las armas de aquel Imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistia su mayor seguridad? ¿O qué disposicion le daba la muerte de un Rey amigo y sujeto, para la conquista de un reyno levantado y enemigo? Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa fácil de la mala intencion inventar circunstancias, que, quando no basten á deslucir la verdad, la sujetan por entónces á la opinion ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo lo que viene á parar en las Historias. Notablemente se fatigan los extrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiendale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quedese la envidia en su confusion: vicio sin deleyte, que atormenta quando se disimula, y desacredita quando se conoce: siendo en la verdad lustre del envidiado, y desayre de su dueño.

Fué Motezuma (como diximos) Príncipe de raros dotes naturales, de agradable y magestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la substancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos ántes de llegar á la corona; y despues le dió entre los extraños la opinion mas venerable de los Reyes. Tenia el genio y la inclinacion militar: entendia las artes de la guerra; y quando llegaba el caso de tomar las armas, era el exército su corte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales, conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su Imperio, dexando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fué naturalmente dadivoso y liberal: hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la Magestad. Amaba la justicia, y zelaba su administracion en los Ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes, tanto de hombre, como de Rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de Rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado; pues se introduxo en su tiempo el tributo de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reynos esclava de sus moderaciones: desordenado el

antojo, sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad; porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños, que produxo beneficios, porque llegó á cargar sus reynos de imposiciones y tributos intolerables, y se convertia en sus profusiones y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud y el vasallage: y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fué la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus meritos, quando encarecia su fortuna: y pensaba de sí mejor que de sus Dioses; aunque fué sumamente dado á la supersticion de su idolatría; y el demonio llegó á favorecerle con freqüentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Pudose dudar entónces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este monstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los Españoles: principio de que resultó despues la con-

version de aquella gentilidad. Dexó algunos hijos: dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los Mexicanos quando se retiró: y otras dos ó tres hijas, que se convirtieron despues, y casaron con Españoles. Pero el principal de todos fué Don Pedro de Motezuma, que se reduxo tambien á la Religion Católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre, por ser habido en la Señora de la provincia de Tula, una de las Reynas que residian en el palacio real con igual dignidad, la qual se reduxo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo Doña Maria de Niagua Suchil: acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el Rey á Don Pedro, dándole Estado y rentas en Nueva España con Título de Conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los Condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heroyca recordacion de tan alto principio.

Reynó este Príncipe diez y siete años: undécimo en el número de aquellos Emperadores: segundo en el nombre de Motezuma: y últimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxîlios que parecian eficaces. ¡O siempre inescrutables permisiones de la eterna Justicia! mejores para el corazon que para el entendimiento.

CAPITULO XVI.

Vuelven los Mexicanos á sitiar el alojamiento de los Españoles. Hace Cortés nueva salida: gana un adoratorio que habian ocupado, y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.

No intentaron los Indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Pudose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su Rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacía de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los Magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo Emperador, que segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlavaca, Rey de Iztapalapa, y segundo Elector del Imperio: vivió pocos dias, pero bastantes, para que su tibieza y falta de aplicacion dexáse poco ménos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los Mexicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma y con la proposicion de la

paz, no volvieron con respuesta; y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno traía malas conseqüencias á la imaginacion. Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus Capitanes, y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á México ménos aventurado: cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entónces como empeño necesario, muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites ménos animosos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los Indios: porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exêquias de Motezuma volvieron á la guerra con mas fundamento y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del quartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas: puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés, si se hallára con fuerzas bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad, por acudir á la prevencion.

Subiase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad. Habianse

alojado en él hasta quinientos soldados escogidos entre la nobleza Mexicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previniéron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas una vez conocidas, y puestas en uso, pedian breve remedio: y para conseguirlo, sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiéndola en esquadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas, y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al Capitan Escobar con su compañía, y hasta cien Españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los Españoles todas las bocas de las calles: y al mismo tiempo acometió Escobar, penetrando el atrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los Indios le dexaron empeñar en ellas advertidamente, por ofenderle mejor desde mas cerca: y en viendo la ocasion, se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga, disparando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse, y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian: pero no le fué posible resistir á la segunda carga, que fué ménos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras, y gruesas vigas, que dexadas caer de lo alto, y cobrando fuerza en el pendiente de las gra-

das, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez. Algunas de las vigas baxaban medio encendidas, para que hiciesen mayor daño. Ruda imitacion de las armas de fuego, que sería grande arbitrio entre sus Ingenieros; pero se descomponia la gente para evitar el golpe, y turbada la union, se hacia la retirada inevitable.

Reconocióle Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba: y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañía de Escobar con algunos Tlascaltécas del reten, y la gente de su tropa. Hizose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dexó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Vencieronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto: ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos Mexicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dexabanse hacer pedazos por no rendir las armas: algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte, si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio (despues de apellidar la defensa de sus Dioses) murieron peleando con presuncion de valientes; y á breve rato quedó

por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza Mexicana, sin perder un hombre, ni ser muchos los heridos.

Fué notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos Indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la execucion de su designio. Resolvieronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion: y apénas le vieron cerca del precipicio, quando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dexaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor la violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés no sin alguna dificultad, y quedó con ménos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento, por la parte que tuvo de hazaña.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicieron posible á ménos costa. Turbaronse los Indios al verse acometer de mayor número, y del mismo Capitan, á quien tenian por invencible. Anduvieron mas acelerados que dili-

gentes en la defensa de las gradas: y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas (en cuyo golpe consistia su mayor defensa) se observó que baxaron de punta, con que pasaban sin ofender: accidente que pareció muy repetido para casual; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas ménos advertidamente; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad: y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no sería mucho exceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se trasportasen luego á su quartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres y algunas casas interpuestas, que podian embarazar, para que su artillería mandáse la eminencia. Cometió este cuidado á los Tlascaltécas, que lo pusieron luego en execucion: y volviendo los ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tacuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida. Cobró luego su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza, y partió al socorro, ha-

ciendo que le siguiesen los demas caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasaron los caballos delante, cuyo choque rompió la múltitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes, sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fué sangriento el combate, porque los Indios, que se iban quedando atras por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dexándose lisonjear mas que debiera de sus mismas hazañas: y quando volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venia cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella ménos oposicion: y á pocos pasos encontró una partida numerosa de Indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andres de Duero, porque dió en sus manos, cayendo su caballo, y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudó el preso desembarazarse de los que le oprimian, para servirse de un puñal que le dexaron por descuido quando le desarmaron. Hizose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo: y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo,

rompiendo por las tropas enemigas, hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vinosele á las manos la ocasion, quando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna (tomada en su real y católica significacion) que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no pareció conveniente pasar á mayor empeño, porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el quartel. Hizose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fué sin otra pérdida que la de algunos heridos: cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemaronse muchas casas este dia, y murieron tantos Mexicanos, que, á vista de su castigo, se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta salida entre las que se hicieron ántes que muriese Motezuma; pero fué despues, segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exâmen, por no ser este de los casos en que importa mucho la graduacion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su resolucion y con su exemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peli-

gros ménos considerado que valiente. Excesos del corazon, que, aun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Hicieron tanto aprecio los Mexicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable: y se hallaron despues algunos lienzos que contenian toda la faccion: el acometimiento de las gradas: el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo substancial del suceso, por ser éstas pinturas sus Historias, cuya fé veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltáse malicia para fingir algunos adminículos que miraban al credito de su nacion. Pintaron muchos Españoles muertos, despeñados y heridos: cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dexando, al parecer, colorida la pérdida con la circunstancia de costosa. Falta de puntualidad, en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los quales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hácia la inclinacion que gobierna la pluma: tanto, que son raras las Historias en que no se conozca por lo escrito la patria, ó el afecto del Escritor. Plutarco, en la gloria de los Atenienses, halló alguna paridad entre la Historia y la Pintu-

ra. Quiere que sea un pais bien delineado, que ponga delante de los ojos lo que refiere. Pero nunca se verifica mas en la pluma la semejanza del pincel, que quando se aliña el pais en que se retratan los sucesos con este género de pinceladas artificiosas, que pasan como adornos de la narracion, y son distancias de la Pintura, que pudieran llamarse lejos de la verdad.

CAPITULO XVII.

Proponen los Mexicanos là paz con ánimo de sitiar por hambre á los Españoles; conocese la intencion del tratado: junta Hernan Cortés sus Capitanes, y se resuelve salir de México aquella misma noche.

El dia siguiente hicieron llamada los Mexicanos y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla: y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo Emperador: "Que tratáse de "marchar luego con su exército á la marina, don- "de le aguardaban sus grandes canoas, y cesaria "la guerra por el tiempo de que necesitáse para "disponer su jornada. Pero que no determinán-

" dose á tomar luego esta resolucion, tuviese por
" cierto que se perderian él y todos los suyos ir-
" remediablemente: porque ya tenian experien-
" cia de que no eran inmortales; y quando les
" costase veinte mil hombres cada Español que
" muriese, les sobraria mucha gente para cantar
" la última victoria." Respondióles Hernan Cor-
tés: " Que sus Españoles nunca presumieron de
" inmortales, sino de valerosos y esforzados sobre
" todos los mortales: y tan superiores á los de su
" nacion, que, sin mas fuerzas, ni mayor número
" de gente, le bastaba el ánimo á destruir, no so-
" lamente la ciudad, sino todo el Imperio Mexi-
" cano. Pero que, doliéndose de lo que habian
" padecido por su obstinacion, y hallándose ya
" sin el motivo de su embaxada, muerto el gran
" Motezuma (cuya benignidad y atenciones le
" detenian) estaba resuelto á retirarse, y lo exe-
" cutaria sin dilacion, asentándose de una parte y
" otra los pactos que fuesen convenientes para la
" disposicion de su viage." Dieron á entender
los Mexicanos que volvian satisfechos y bien des-
pachados: y á la verdad llevaron la respuesta que
deseaban, aunque tenia su malignidad oculta la
proposicion.

Habianse juntado los Ministros del nuevo go-
bierno para discurrir en presencia de su Rey sobre
los puntos de la guerra: y despues de varias con-
ferencias, resolvieron que, para evitar el daño

grande que recibian de las armas Españolas, la mortandad lastimosa de su gente, y la ruina de la ciudad, sería conveniente sitiarlos por hambre; no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sino por enflaquecerlos, y embestirlos quando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio, novedad hasta entónces en su milicia. Fué la resolucion que se moviesen pláticas de paz, para conseguir la suspension de armas que deseaban: suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones, hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el quartel: á cuyo fin ordenaron que se cuidáse mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo, y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera Cruz; porque ya no era conveniente dexarlos salir de la ciudad, para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascála.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes Mexicanos de gran suposicion, que se hallaban prisioneros en el mismo quartel: los quales era necesario que pereciesen de hambre, primero que la llegasen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy zelosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion si muriesen por el bien de la patria: y pudo ser

que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no sería mal recibida en aquel congreso, por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sugeto de quien se debia rezelar el nuevo Emperador. Flaqueza lastimosa de semejantes Ministros, dexarse llevar hácia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque le veneraban como á la segunda persona del Rey, y tenian por ofensa de sus Dioses el dexarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertad. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos Enviados, y propusieron de parte de su Príncipe, que para excusar demandas y respuestas que retardasen el tratado, sería bien que saliese á la ciudad alguno de los Mexicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular: medio, que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luego que le vieron admitido, se dexaron caer (como por via de consejo amigable) que ninguno sería tan á propósito coma un sacerdote anciano que paraba en su poder: porque sabria dar á entender la razon, y vencer las dificultades que se ofreciesen: cuyo especioso, y bien ordenado pretexto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban; no porque se dexáse de conocer el des-

cuido artificioso de la proposicion, sino porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote bien instruido en algunas demandas fáciles de conceder, que miraban á la comodidad y buen pasage de los tránsitos, para llegar, caso que volviese, á lo que se debia capitular en órden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de mas consideracion. Pero no fué necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el quartel á mayor distancia que solian: que andaban recatados y solícitos, levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias: y que habian echado gente á la laguna, que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascála. Diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades, cobró el sosiego natural, y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los medios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de la calzada, que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen

mover y conducir hasta quarenta hombres. Y sin detenerse mas de lo que fué necesario para dexar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus Capitanes en órden al tiempo en que se debia executar la retirada. Punto, en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictámen, ó porque le llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividieronse los votos, y paró en disputa la conferencia: unos que se hiciese de noche la retirada; otros, que fuese de dia: y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Los primeros decian: "Que no siendo con-" trarios el valor y la prudencia, se debia elegir el " camino mas seguro: que los Mexicanos (fuese " costumbre ó supersticion) dexaban las armas en " llegando la noche; y entónces se debia suponer " que los tendria ménos desvelados la misma plá-" tica de la paz, que juzgaban introducida y abra-" zada; y que siendo su intencion embarazar la " salida, como lo daban á entender sus preven-" ciones, se considerase quanto se debia temer " una batalla en el paso de la misma laguna, don-" de no era posible doblarse, ni servirse de la ca-" ballería, descubiertos los dos costados á las em-" barcaciones enemigas, y obligados á romper por " la frente, y resistir por la retaguardia." Los que llevaban la contraria opinion decian: "Que " no era practicable intentar de noche una mar-

" cha con bagage y artillería por camino incierto,
" y levantado sobre las aguas, quando la estacion
" del tiempo (nublado entónces y lluvioso) daba
" en los ojos con la ceguedad, y el desacierto de
" semejante resolucion: que la faccion de mover
" un exército con todos sus impedimentos, y con
" el embarazo de ir echando puentes para fran-
" quear el paso, no era obra para executada sin
" ruido y sin detencion; ni en la guerra eran se-
" guras las cuentas alegres sobre los descuidos del
" enemigo, que alguna vez se pueden lograr, pero
" nunca se deben presumir: que la costumbre,
" que se daba por cierta en los Mexicanos de no
" tomar las armas en llegando la noche (demas de
" haberse visto interrumpida en la faccion de po-
" ner fuego al quartel, y en la de ocupar el ado-
" ratorio) no era bastante prenda para creer que
" hubiesen abandonado enteramenre la única sur-
" tida que debian asegurar: y que siempre ten-
" drian por menor inconveniente salir peleando á
" riesgo descubierto, que hacer una retirada con
" apariencias de fuga, para llegar sin credito al
" abrigo de las naciones confederadas, que acaso
" desestimarian su amistad, perdido el concepto
" de su valor, ó por lo ménos sería mala política
" necesitar de los amigos, y buscarlos sin reputa-
" cion."

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada, y Hernan Cortés cedió al mayor

número, dexándose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresuráse la salida; y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dexáse tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro como fuese pasando el exército. Suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion.

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus Capitanes con mas neutralidad, ó ménos accion que solia. Tuvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un Astrólogo, que, al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marcháse aquella misma noche, porque se perderia la mayor parte de su exército, si dexaba pasar cierta constelacion favorable, que andaba cerca de terminar en otro aspecto infortunado. Llamábase Botello este adivino, soldado Español, de plaza sencilla, y mas

conocido en el exército por el renombre del nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad: hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo que dexáse de gobernarse por algunos carácteres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sugeto por la profesion; y entónces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y quando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticino despreciado. Gente perjudicial, y observaciones peligrosas, que deben aborrecer los mas advertidos, y particularmente los que gobiernan; porque al mismo tiempo que se conoce su vanidad, dexan preocupado el corazon con algunas especies que inclinan al temor ó á la seguridad: y quando llega el caso de resolver, suelen alzarse con el oficio del entendimiento las aprehensiones ó los desvaríos de la imaginacion.

CAPITULO XVIII.

Marcha el exército recatadamente, y al entrar en la calzada, le descubren y acometen los Indios con todo el grueso por agua y tierra. Peléase largo rato, y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al parage de Tacuba.

ENVIÓSE aquella misma tarde nuevo Embaxador Mexicano á la ciudad con pretexto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote. Diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado, y que á lo mas largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luego Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes: instruyó á los Capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados Españoles con los Tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos á cargo de los Capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Ace-

bedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, y Andres de Tapia. Encargó la retaguardia con algo mayor número de gente y caballos á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, y otros Cabos de los que vinieron con Narbáez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagage con el resto del exército, reservando, para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias donde llamáse la necesidad, hasta cien soldados escogidos con los Capitanes Alonso Dávila, Christoval de Olid, y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento; porque andaba muy valida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los Mexicanos, y era necesario introducir el rezelo para desviar la seguridad: enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido, para entregarlos á la turbacion; así como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luego sacar á una pieza de su quarto el oro y plata, joyas y preseas del tesoro que tenia en depósito Christoval de Guzman su camarero: y de él se apartó el quinto del Rey en los géneros mas preciosos, y de ménos volúmen: de que se hizo entrega formal á los Oficiales que llevaban la cuenta y razon del exército, dando para su con duccion una yegua suya, y algunos caballos heri-

dos, por no embarazar los Indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el residuo, segun el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos: cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando públicamente "Que no "era tiempo de retirarla, ni tolerable que se detu-"viesen á ocupar indignamente las manos, que "debian ir libres para la defensa de la vida y de "la reputacion." Pero reconociendo en los soldados ménos aplaudido el acierto de aquella pérdida inexcusable, añadió al apartarse: "Que no se "debia mirar entónces la retirada como desam-"paro del caudal adquirido, ni del intento prin-"cipal; sino como una disposicion necesaria para "volver á la empresa con mayor esfuerzo: al "modo que suele servir al impulso del golpe la "diligencia de retirar el brazo." Y les dió á entender, que no sería gran delito aprovecharse de lo que buenamente pudiesen: que fué lo mismo en la substancia que dexar la moderacion al arbitrio de la codicia: y aunque los mas, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados, y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbáez, que se dieron al pillage con sobrada inconsideracion acusando la estrechez de las mochilas, y sirviéndose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas. Dispensacion en que, al parecer, dormitaron las advertencias militares de Cortés; porque

no pudo ignorar que la riqueza, en el soldado, no solo es embarazo exterior, quando llega el caso de pelear, sino impedimento que suele hacer estorvo en el ánimo: siendo mas fácil, en los de pocas obligaciones, desprenderse del pundonor, que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa que haberse persuadido á que podria executar su marcha sin oposicion: y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del Astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera culpa.

Sería poco ménos de media noche quando salieron del quartel, sin que las centinelas, ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir: y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el rezelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demas canales, como se habia presupuesto: ni llegó el caso de intentarlo; porque ántes que acabáse de pasar el exér-

cito el primer tramo de la calzada, fué necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes, quando ménos lo rezelaban.

Fué digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron, y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirvieronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos, y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dexaron sentir los golpes de su flechas.

Pereciera sin duda todo el exército de Cortés, si hubieran guardado los Indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion, y al empezar la cólera, cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del exército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada: y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los Españoles en aquella gente desnuda y desordenada; pero no bastaban las fuerzas al contínuo

exercicio de las espadas y los chuzos: y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas executivo del combate; porque los Indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas: cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro; porque fueron fáciles de romper, y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al exército. Así lo refieren algunos escritores; aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud, que dexaron sin romper en la segunda puente, por la qual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese (que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexîon) la dificultad de aquel paso inexcusable se venció, mediando la industria ó la felicidad; y la vanguardia prosiguió su marcha sin detenerse mucho en el último canal; porque se debió á la vecindad de la tierra la diminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen

echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni, al parecer, descubrieron la marcha; ó sería lo mas cierto que no se hizo lugar entre su confusion y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente, y ordenando sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidáse de ponerla en esquadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los Capitanes Gonzalo de Sandoval, Christoval de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morlo, y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no ménos con su presencia, que con su exemplo: reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas: y entretanto mandó que se retiráse lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fué mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu; porque le traía el ayre á los oidos, envueltas en el horror de la obscuridad, las voces de los Españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de

los Indios, le traían al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo ántes que acabáse de pasar la retaguardia: donde fué mayor el fracaso de los Españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los Mexicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los ménos diligentes, que, por la mayor parte, fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla, por guardar el oro que sacaron del quartel. Murieron estos ignominiosamente abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al credito de la faccion, porque supusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida: y de buena razon no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco ménos que á un milagro de su espíritu y su activi-

dad: porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fixó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos. Maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural: y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acòmodarse Bernal Diaz del Castillo á que dexáse de ser fingido este salto; ántes le impugnó en Historia, no sin alguna demasia, porque lo dexa y vuelve á repetir con desconfianza de hombre que temió ser engañado entónces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es ménos tolerable. que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña sin proporcion ni probabilidad, que quando se creyese, dexaba mas encarecida su ligereza, que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demas escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del salto de Alvarado; sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron concurrir en este caso, como en otro, lo verdadero y lo inverisímil: y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura

ménos digno de admiracion el suceso, teniéndole, no tanto por raro contingente negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

CAPITULO XIX.

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Tlascála; siguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que, uniéndose con los Mexicanos, acometen al exército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.

Acabó de salir el exército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tacúba, no sin rezelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los Mexicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla: y fué bien discurrida esta detencion porque se logró el recoger algunos Españoles y Tlascaltécas, que, mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia: y

puesta en esquadron la gente, se halló que faltaban del exército casi doscientos Españoles, mas de mil Tlascaltécas, quarenta y seis caballos, y todos los prisioneros Mexicanos, que, sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion. Estaba la gente quebrantada y rezelosa, disminuido el exército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada: y sobre tantos motivos de sentimiento se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos Cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida, cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durando en el valor hasta el último aliento. Pérdida que fué de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del exército. Era Capitan de grande utilidad, no ménos para el consejo que para las execuciones: de austera condicion y continuas veras; pero sin desagrado ni prolixidad: apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingenuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes; y siguió á Cortés, porque iba en su vando la razon. Murió con opinion de hombre necesario en aquella conquista,

y dexó su muerte igual exercicio á la memoria que al deseo.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra entretanto que sus Capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes, y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que, por ser en causa comun, dexaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Sería digno espectáculo de grande admiracion verle afligido, sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lágrimas, sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el Astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlándose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la calzada: sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon; sino de los que se introducen á judiciarios ó adivinos, hombres que por la mayor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felici-

dades, y siempre infelices, ó ménos cuidadosos de su fortuna: tanto, que alguno de los Autores clásicos llegó á presumir, que solo el inclinarse á la vana observacion de las estrellas se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Fué de gran consuelo para Hernan Cortés, y para todo el exército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entónces como en lo pasado, porque sin ellos fuera imposible incitar, ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los Mexicanos en seguir el alcance; porque dieron tiempo á los Españoles para que respirasen de su fatiga, y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en ménos apresurada formacion el exército. Nació esta detencion de un accidente inopinado, que se pudo atribuir á providencia del Cielo. Murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el comboy del bagage; porque cebados al amenecer los Indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos Príncipes miserables, que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la

causa de su turbacion. Unos se apartaban, para que llegasen otros, y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, y cayó sobre todos el miedo y el asombro: suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias con aquel género de súbita enagenacion que llamaban terror pánico los Antiguos. Resolvieron los Cabos que se diese cuenta de aquella novedad al Emperador: y él, que necesitaba de afectar el sentimiento, para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el exército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exêquias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los Españoles á la muerte de estos Príncipes el primer desahogo de su turbacion, y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas; y particularmente Cortés, que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor parte de sus esperanzas.

Marchaba entretanto Cortés la vuelta de Tlascála con guias de aquella nacion, puesto el exército en batalla, y sin dexar de tener por sospechosa la tardanza del enemigo: en cuyas operaciones acierta mas veces el temor que la seguridad.

Tardáron poco en dexarse ver algunas tropas de guerreros, que seguian la huella sin acercarse: gente de Tacúba, Escapuzalco, y Tenecuya, convocada por los Mexicanos, para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion. ¡Notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia, que solo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad, hasta que llegando la multitud Mexicana, se unieron todos apresuradamente, y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fué necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse mas frente al esquadron: pasaron á ella los arcabuces y ballestas, y se volvió á la batalla, en parage abierto, sin retirada, ni seguridad en las espaldas. Morian quantos Indios se acercaban, sin escarmentar á los demas. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemigos, y ofendian desde lejos los arcos y las hondas. Cansabanse los Españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, quando Hernan Cortés (que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de Capitan) descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la compaña, so-

bre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron así los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel parage las ventajas del sitio: y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerle, movió el exército, y trató de ocuparle, no sin mayor dificultad, porque fué necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él quanto pudiera entónces fabricar la imaginacion.

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Dexaronle desierto los sacerdotes y ministros que asistian al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenia el atrio bastante capacidad, y su género de muralla, que, unida con las torres, daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los Españoles al abrigo de aquellos reparos, que allí se miraban como fortaleza inexpugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja como socorro de superior Providencia: y permaneció fuera del peligro esta devota consideracion; pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio para salir de un conflicto en que se tuvo

á la vista el último riesgo, fabricáron despues en el mismo parage una Ermita de Nuestra Señora con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la santa Imágen el oficio de remediar necesidades, y en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las mas veces el ayre, y algunas con rabiosa puntería, las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas, que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que, declinando el dia, se retiran todos hácia el camino de la ciudad: fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos: como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicado, al retirarse, que dexaban pendiente la qüestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento con el cuidado á que obligaba una noche mal segura, en

puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocáse á todos el descanso. Hiciéronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo, como por consumir las flechas mexicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos Indios del bagage. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventáron medicinas manuales, que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y bendas las mantas de los caballos.

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba: y ántes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus Capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se debia executar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas, y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dexándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró, suponiendo: " Que no era para dos veces la con-" goja en que se vieron aquella tarde, ni se podia

" repetir sin temeridad el empeño de marchar pe-
" leando con un exército de número tan desigual,
" obligados á traer en contrario movimiento las
" manos y los pies. A que añadió: Que para
" evitar esta resolucion tan peligrosa, y de tantos
" inconvenientes, habia discurrido en asaltar al
" enemigo en su alojamiento con el favor de la
" noche; pero que le parecia diligencia infructuo-
" sa, porque solo se habia de conseguir que huyese
" la multitud para volverse á juntar: costumbre á
" que se reducia lo mas prolixo de aquella guerra.
" Que despues habia pensado en mantener aquel
" puesto, esperando en él á que se cansasen los
" Mexicanos de asistir en la campaña; pero que
" la falta de bastimentos, que ya se padecia, dexa-
" ba este recurso en términos de impracticable.
" Y últimamente dixo: Que tambien se le habia
" ofrecido, si convendria (y esto era lo que lleva-
" ba resuelto) marchar aquella misma noche, y
" amanecer dos ó tres leguas de aquel paragé: que
" no moviéndose los enemigos, segun su estilo,
" hasta la mañana, tendria la conveniencia de
" adelantar el camino sin otro cuidado: y quando
" se resolviesen á seguir el alcance, llegarian can-
" sados, y sería mas fácil continuar la retirada con
" ménos briosa oposicion. Pero que, viniendo tan
" quebrantado el exército, y tan fatígada la gente,
" sería inhumanidad fuera de toda razon ponerla,
" sin nueva causa, en el trabajo de una marcha

" intempestiva, obscura la noche, y el camino in-
" cierto; aunque la ocasion, ó el aprieto en que
" se hallaban, pedia remedios extraordinarios,
" breve determinacion; y donde nada era seguro,
" pesar las dificultades, y fiar el acierto del menor
" inconveniente."

Apénas acabó su razonamiento, quando se conformaron todos los Capitanes en que solo era posible, ó ménos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin mas detencion que la que fuese necesaria para dexar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno. Primor de que solia valerse para excusar disputas, quando instaba la resolucion: y de que solo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dexar que discurrir preguntando.

CAPITULO XX.

Continuan su retirada los Españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que, llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder Mexicano.

Poco ántes de la hora señalada, se convocó la gente, que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la órden y la razon de la órden: con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto, y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dexasen cebados los fuegos, para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento: y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella, por hallarse mas cerca del peligro, y afianzar con su cuidado la seguridad de los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y ordenando á las guias que se apartasen del camino real para volverle á cobrar con el dia, marcharon poco mas de media legua, sin que dexáse de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencio de la noche.

Pero al entrar en tierra mas quebrada y mon-

tuosa, dieron los batidores en una zelada, que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Baxaban de los montes, y salian de la maleza diversas tropas de Indios, que acometian desunidamente por los costados: y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha, fué necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscados, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del exército, que se dexaba de la otra parte del adoratorio; y algunos de nuestros Escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos Mexicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir, eran las milicias de aquellos lugares cercanos, que, de órden anterior, salian á cortar la marcha, ocupando las quiebras del camino: porque, si los Mexicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion de ménos peligro que molestia, caminó dos leguas el exército; y poco ántes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio ménos capaz y ménos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña, y

medir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos Indios: y hallándose reducido á correrías de paisanos lo que se llegó á rezelar, como nueva carga del exército enemigo, se volvió á la marcha sin mas detencion con ánimo de adelantarla quanto fuese posible, para evitar, ó hacer mas dificultoso el alcance de los Mexicanos.

Duraron los Indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde lejos como perros amedrentados, que ponian la cólera en el latido, hasta que, dos leguas mas adelante, se descubrió un lugar en parage oportuno, y, al parecer, de considerable poblacion. Eligióle Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupáse por fuerza, si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitadores, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entónces, como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el exército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hicieronse despues otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavia fuera del camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche, ni cesaba la persecucion de

aquellos Indios, que anduvieron siempre á la vista; si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera órden á correr su distrito. Pero sobre todo se dexó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animabanse unos á otros los soldados y los Capitanes: y hacia sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegaronse á comer las hierbas y raíces del campo, sin atender al rezelo de que fuesen venenosas; aunque los mas advertidos gobernan su eleccion por el conocimiento de los Tlascaltécas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó con alegre facilidad la falta que hacia en el exército, porque se repartió como regalo particular entre los mas necesitados: y estos celebraron la fiesta convidando á sus amigos. Banquete sazonado entónces, en que cedieron á la necesidad los escrupulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada, sin retirarse como los demas, ni dexar de asistir con agrado y solicitud á quanto se les ordenaba. Puntualidad y agasajo que fué nuevo ardid de los Mexicanos, para que sus enemigos se acercasen ménos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision, y truxeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvidáse lo padecido. Por la mañana se dispuso el exército para subir la cuesta,

que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascála. Reconocióse novedad en los Indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian mas de contento que de indignacion. Reparó Doña Marina en que decian muchas veces: *Andad, tiranos, que presto llegaréis donde perezcais.* Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegáse á dudar si aquellos Indios (confinantes y con los términos de Tlascála) festejarian el peligro á que iban encaminados los Españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquella nacion; pero Hernan Cortés, y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna zelada mas vecina: porque no faltaban experiencias de la sencillez, ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya, y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, quando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el exército mismo de los Mexicanos, que se dexó en el parage del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos Capitanes. Re-

conocieron por la mañana (segun la presuncion, que se ajusta mas con las circunstancias del suceso) la retirada intempestiva de los Españoles: y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos ántes que saliesen á tierra de Tlascála, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña; y despacharon á México para que se tomáse con mayores veras lo que tanto importaba: cuya proposicion fué tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza, con el resto de las milicias que tenian convocadas, á incorporarse con su exército, y en el breve plazo de tres ó quatro dias, se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los Españoles, y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse, y esperar encubiertos. Notables advertencias en lo discurrido, y rara execucion de lo resuelto: que uno y otro se pudiera envidiar en Cabos de mayor experiencia, y en gente de ménos bárbara disciplina.

No se llegó á rezelar entónces que fuesen los Mexicanos: ántes se iba creyendo al subir la cuesta, que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y floxedad que solian: pero al vencer la cumbre, se descubrió un exército poderoso de

ménos confusa ordenanza que los pasados, cuya, frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder Mexicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dexabase conocer en el centro de la multitud el Capitan General del Imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuxa el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes: que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores. Vistosa confusion de armas y penachos, en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el exército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á exâminar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbacion: *Llegó el caso,* dixo, *de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.* Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por

la órden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion: y apellidando, como solia, unas veces á Santiago, y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del esquadron, para que fuese unido el cuerpo del exército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apénas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiar por todas partes el exército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los Españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitáse de segundo golpe. Los Tlascaltécas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre Mexicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian Capitanes. Pero los Indios peleaban con obstinacion, acudiendo ménos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian: y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirabase, al parecer, todo el exército quando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego; y volvia con nuevo impulso á cobrar el

terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los fluxos y refluxos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los Indios, porque no era posible que se dexasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de contínua operacion: y discurriendo en los partídos que podria tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mexicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias, ó las de sus enemigos: y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los Capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Christoval de Olid, y Alonso Dávila para que le siguiesen, y guardasen las espaldas con los demas que asistian á su persona: y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que pare-

cia mas flaca, ó ménos distante del centro. Retiraronse los Indios, temiendo como solian el choque de los caballos: y ántes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que, rompiendo y atropellando esquadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del Imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los Capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el Capitan General de los Mexicanos, que, al primer bote de su lanza, cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habianle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perficionado entónces la hazaña de su Capitan, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apénas le vieron aquellos bárbaros en poder de los Españoles, quando abatieron las demas insignias: y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del exército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cu-

brieronse de tropas amedrentadas los montes vecinos; y en breve rato quedó por los Españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar: y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los quales murieron en Tlascála dos ó tres Españoles: y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que, abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusion. Dexóse á los soldados el despojo: y fué considerable, porque los Mexicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la Historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el exército vencido, hallará ménos disonancia en la desproporcion del primer número.

Todos los Escritores, nuestros y estraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el ayre por sus Españoles (como lo afirman algunos prisioneros) quedará mas creible, ó ménos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible, donde se conoció con tantas evi-

dencias la mano de Dios, á cuyo poder se deben siempre atribuir con especial consideracion los sucesos de las armas: pues se hizo aclamar Señor de los Exércitos, para que supiesen los hombres, que solo deben esperar y reconocer de su altísima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas, porque algunas veces castiga la sinrazon, asistiendo á los ménos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece; fiando el azote de la mano aborrecida.

HISTORIA

De la Conquista, Poblacion y Progresos de Nueva España.

LIBRO V.

CAPITULO PRIMERO.

Entra el Exército en los términos de Tlascála, y alojado en Gualipár, visitan á Cortés los Caciques y Senadores: celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas experiencias.

Recogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillage; volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun rezelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todavia se dexaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas; pero no siendo posible salir aquel dia de los confines Mexicanos á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos,

se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro: y al amanecer se halló el camino sin alguna oposicion, despojados ya, y libres de asechanzas los llanos convecinos; aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Descubrieronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascála, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos, para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parages donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la República con aclamaciones de todo el exército. Los Tlascaltécas se arrojaron á besar la tierra, como hijos desalados al regazo de su madre. Los Españoles dieron al Cielo, con voces de piadoso reconocimiento, la primera respiracion de su fatiga. Y todos se reclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entónces de saludable y delicado; porque se refiere con particularidad lo que celebraron el agua los Españoles: fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve ra-

zonamiento á los suyos, dándoles á entender: "Quanto importaba conservar con el agrado y la "modestia el afecto de los Tlascaltécas: y que "miráse cada uno en la ciudad como peligro de "todos la queja de un paisano." Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua, y disponer la entrada con noticia y permision del Senado: y á poco mas de medio dia, se hizo alto en Gualipár, villa entónces de considerable poblacion, cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas, y quanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que, hasta los que venian rezelosos, llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su quartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quietar los escrupulos de la seguridad.

Trató luego de participar al Senado la noticia de su retirada y sucesos con dos Tlascaltécas: y por mas que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la República su grande amigo Magiscatzín, el ciego Xicotencál, su hijo, y otros Ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzín, arrojándose á sus brazos, y apartándose de ellos para mirarle, y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de

persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencál se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos: y manifestó su voluntad aun mas afectuosamente; porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que, al parecer, tomaban á su cargo el exercicio de los ojos. Iban llegando los demas entretanto que se apartaban los primeros á congratularse con los Capitanes y soldados conocidos. Pero no dexó de hacerse algun reparo en Xicotencál el mozo, que anduvo mas desagradable, ó mas templado en los cumplimientos: y aunque se atribuyó entónces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavia en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion quantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dixeronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Dolieronse de sus heridas, mirándolas como desman sacrilego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los Españoles, y particularmente la de Juan Velazquez de Leon, á quien amaban no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los Mexicanos: y últimamente le

ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias, y con las tropas auxîliares de sus aliados: añadiendo para mayor seguridad, que ya no solo eran amigos de los Españoles, sino vasallos de su Rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes, y morir á su lado. Así concluyeron su conversacion, distinguiendo, no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallage, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés, á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad: y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no solo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion: porque la pérdida que se hizo al salir de México, se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascála como prodigio del valor, y último credito de la retirada. Propusieronle que pasáse luego á la ciudad, donde tenian prevenido el alojamiento; pero se ajustaron facilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente: porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad, al modo que solian festejar los triunfos de sus Generales.

Tres dias se detuvo el exército en Gualipár, asistido liberalmente de quanto hubo menester por

cuenta de la república: y luego que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad, y se trató de la marcha. Adornaronse los Españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los Mexicanos vencidos: exterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria: que hay casos en que importa la ostentacion al credito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el exército los Caciques y Ministros en forma de Senado con todo el resto de sus galas, y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubrieronse de gente los caminos: hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular; andaban mezclados los víctores de los Españoles con los oprobrios de los Mexicanos: y al entrar en la ciudad, hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles, distribuidos en diferentes coros, que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el exército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedage de Magiscatzín, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo, por esta misma razon, el ciego Xicotencál á Pedro de Alvarado; y aunque los demas Caciques se querian encargar de otros Capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los Cabos del cuerpo de guardia principal. Fué la entrada

que hicieron los Españoles en esta ciudad por el mes de Julio del año de mil quinientos y veinte; aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los Escritores; pero reservamos este género de reparos para quando se discuerda en la substancia de los sucesos, donde no cabe la extension del poco mas ó ménos.

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando todos sus habilidades al divertimiento de los huespedes, y al aplauso de la victoria, sin excepcion de los nobles, ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla: fuese por no dexar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupadan la tarde aquellos funámbulos ó volatines, que se procuraban exceder en los peligros de la maroma, exercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto del entretenimiento. Pero se alegraban siempre los fines y las veras del espectáculo con los bayles y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena correspondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad, y celebraba sus exercicios, agasajando á los unos, y honrando á los otros con igual confianza y satisfaccion. Los Capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas, y hasta los soldados menores cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado, que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza: venia mal curada, y el sobrado exercicio de aquellos dias truxo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas que postraron el sugeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que se llegó á temer el peligro de su vida.

Sintieron los Españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fué mas reparable, por ménos debida, la turbacion de los Indios, que apénas supieron la enfermedad, quando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al extremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuida-

dosos, preguntando á todas horas por el Teule, nombre, como diximos, que daban á sus Semi-Dioses, ó poco ménos que Deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida: y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el Senado los Medicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las hierbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento, segun el estado y accidentes de la enfermedad: y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas hierbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores, de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Riase de los empíricos la medicina racional: que á los principios todo fué de la experiencia; y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fué poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia. Conoció Hernan Cortés con otra experiencia mas el afecto de los Tlascaltécas: y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos

designios, tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes, y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia, para componerse con la magnanimidad.

CAPITULO II.

Llegan Noticias de que se habia levantado la Provincia de Tepeáca: vienen Embaxadores de México á Tlascála; y se descubre una conspiracion que intentaba Xicotencál el mozo contra los Españoles.

VENIA Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las basas principales, sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luego á Rodrigo Rangel, que, como diximos, quedó nombrado por Teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno: y llegó brevemente su respuesta, mediante la extraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya substancia fué: "Que no " se habia ofrecido novedad que pudiese dar cui- " dado en la plaza ni en la costa: que Narbáez y " Salvatierra quedaban asegurados en su prision: " y que los soldados estaban gustosos y bien asis-

"tidos, porque duraba en su primera puntualidad
"el afecto y buena correspondencia de los Zem-
"poales, Totonáques y demas naciones confede-
"radas."

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelto á la plaza ocho soldados con un Cabo, que fueron á Tlascála por el oro que se dexó repartido á los Españoles de aquella guarnicion: y que, si era cierta la voz que corria entre los Indios de que los habian muerto en la Provincia de Tepeáca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbáez que se quedó herida en Zempoála: porque habian marchado en tropas, como fueron mejorando, con ansia de llegar á México, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia, por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso dexaria de quedar grande la pérdida en aquella ocasion, y en una tierra donde se contaba por millares de Indios lo que suponia cada Español. Informóse de los Tlascaltécas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habersela recatado, por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de

la Vera Cruz, llegaron á Tlascála, y volvieron á partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeáca, que fué una de las que dieron la obediencia en el primer viage de México: y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros, en que no dexaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas Mexicanas, con ánimo de mantener la traycion. Novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo: cuya diligencia no sufria dilacion por estar situada esta provincia en parage que dificultaba la comunicacion de México á la Vera Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado ántes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los Tepeaqueses habian penetrado pocos dias ántes los confines de Tlascála, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el Senado que se castigáse con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procuráse interesar á los Españoles en esta guerra; pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso

de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los Españoles. Avisaron de Gualipár que habian llegado á la frontera tres ó quatro Embaxadores del nuevo Emperador Mexicano, dirigidos á la república de Tlascála, y quedaban esperando licencia del Senado para pasar á la ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenazas encubiertas las negociaciones del enemigo; pero aunque se tuvo por cierto que sería la embaxada contra los Españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderáse á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los Embaxadores, para que se lográse por lo ménos aquel acto de igualdad, tan desusado en la soberbia de los Príncipes Mexicanos. Y se infiere del mismo suceso, que entervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al Senado los Embaxadores, y no hubo recato, disculpa ó pretexto de que se pudiese argüir ménos sinceridad en la intencion de los Tlascaltécas.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados, con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y plata, ropas finas de

la tierra, curiosidades y penachos, con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando mas apetecido. Traían ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantidad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas y criados. Superfluidades en que, á su parecer, venia figurada la grandeza de su Príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embaxada: siendo como unas ostentaciones del poder, que asombran ó divierten los ojos, para introducir la sinrazon en los oídos. Esperólos el Senado en su tribunal, sin faltar á la cortesía, ni exceder en el agasajo; pero zeloso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Su proposicion fué (despues de nombrar al Emperador Mexicano con grandes sumisiones y atributos:) "Ofrecer de su parte la paz y alianza per-"pétua entre las dos naciones, libertad de comer-"cio, y comunicacion de intereses, con calidad y "condicion que tomasen luego las armas contra "los Españoles, ó se aprovechasen de su descuido "y seguridad para deshacerse de ellos." Y no pudieron acabar su razonamiento, porque se hallaron atajados, primero, de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia; y despues, de una irritacion mal reprimida, que prorumpió en voces descompuestas, y se llevó tras sí la circunspeccion.

Pero uno de los Senadores ancianos acordó á sus

compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los Embaxadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo qual executado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar, concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto; aunque se aliñaron los términos de la repulsa, y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera: resolviendo que se nombrasen tres ó quatro Diputados que llevasen la respuesta del Senado á los Embaxadores, cuya substancia fué: "Que se admitiria "con toda estimacion la paz, como viniese pro- "puesta con partidos razonables, y proporciona- "dos á la conveniencia y pundonor de ambos do- "minios; pero que los Tlascaltécas observaban "religiosamente las leyes del hospedage y no "acostumbraban ofender á nadie sobre seguro; "preciándose de tener por imposible lo ilícito, y "de irse derechos á la verdad de las cosas, porque "no entendian de pretextos, ni sabian otro nom- "bre á la traycion." Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta: porque los Embaxadores, viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luego en camino, llevando tanto miedo, como truxeron gravedad: y no pareció conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlascála de que venian contra los Españoles, y se temió al-

gun movimiento popular que atropelláse las prerogativas de su ministerio, y destruyése las atenciones del Senado.

Esta diligencia de los Mexicanos (aunque frustrada con tanta satisfaccion de los Españoles) no dexó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencál el mozo en la junta dé los Senadores su dictámen, dexándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embaxada, para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenia preocupado el corazon, sirviéndose de la paz que proponian los Mexicanos, no porque fuese de su genio, ni de su conveniencia; sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia, y dañada intencion. "El Emperador Mexicano, "decia, cuya potencia formidable nos trae siem-"pre con las armas en las manos, y envueltos en "la contínua infelicidad de una guerra defensiva, "nos ruega con su amistad, sin pedirnos otra re-"compensa que la muerte de los Españoles, en que "solo nos propone lo que debiamos executar por "nuestra propia conveniencia y conservacion: "pues quando perdonemos á estos advenedizos el "intento de aniquilar y destruir nuestra religion, "no se puede negar que tratan de alterar nuestras "leyes y forma de gobierno, convirtiendo en mo-

" narquía la república venerable de los Tlascalté-
" cas, y reduciéndonos al dominio aborrecible de
" los Emperadores: yugo tan pesado y tan vio-
" lento, que aun visto en la cerviz de nuestros
" enemigos, lastíma la consideracion." No le faltaba eloqüencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la execucion; y aunque le contradecian, y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomáse cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar sus diligencias, y llegaron luego á la noticia de los Magistrados. Tratóse la materia en el Senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fué llamado á esta conferencia Xicotencál el viejo; sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delinqüente, para que se desconfiáse de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del Senado, y destruir el credito de su nacion. Inclinaronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que mas esforzaron este

dictámen, condenando en su hijo la traycion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos Senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó, por su contemplacion, el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á ménos sangrienta demostracion. Hicieronle traer preso al Senado; y despues de reprehender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de General, deponiéndole del exercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal: cuya ignomínia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion: y á instancia suya fué restituido en sus honores, y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud, que le costó la vida, como verémos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza, y dificultoso remedio; pero el de Xicotencál llegó á noticia de Cortés quando estaba prevenido el daño, y castigado el delito; y el de los Embaxadores Mexicanos dexó satisfechos á los ménos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltécas, que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios huma-

nos llegó á parecer milagrosa; ó por lo ménos se miraba entónces como uno de los efectos en que no se halla la razon natural, si se busca entre las causas inferiores.

CAPITULO III.

Execútase la entrada en la provincia de Tepeáca: y vencidos los rebeldes, que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mexicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entretanto que andaba Xicotencál el mozo convocando las milicias de su República, cebado ya en la guerra de Tepeáca, y deseoso entónces de borrar con los excesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podiá excusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y quantos motivos podian hacer á la compasion, y llamar á la venganza. Pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narbáez, que, á vista de los trabajos padecidos, se acordaban

con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las granjerías que dexaron en la Isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeáca, insistiendo en que se debia retirar el exército á la Vera Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver ménos aventurados á la empresa de México; no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua, para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que substancia, en que andaba el bien público y el servicio del Rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la floxedad.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia, en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeáca, ocupado el camino de la Vera Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hizolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos: porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que

solicitaban la conservacion del exército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltécas, aventurando su amistad, y dexando consentida la traycion de los Tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacia poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dixo solamente: "Que teniendo
" el enemigo los pasos estrechos de la montaña,
" precisamente se habia de pelear para salir á lo
" llano; que ir solos á esta faccion, sería perder
" voluntariamente, ó por lo ménos aventurar sin
" disculpa el exército: que ni era practicable pe-
" dir socorro á los Tlascaltécas, ni ellos le darian
" para una retirada que se hacia contra su volun-
" tad: y que, una vez sujeta la provincia rebelde,
" y asegurado el camino (en lo qual asistiria con
" todas sus fuerzas la República) les ofrecia sobre
" la fé de su palabra que podrian retirarse con li-
" cencia suya quantos no se determinasen á se-
" guir sus banderas." Con que los dexó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luego en execucion su jornada, con que se quietaron por entónces.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltécas de buena calidad, divididos en tropas, segun su costumbre, con algunos Capitanes de los que ya tenia experi-

mentados en el viage de México. Dexó á cargo de su nuevo amigo Xicotencál que siguiese con el resto de sus milicias: y puesta en órden su gente, se halló con quatrocientos y veinte soldados Españoles, inclusos los Capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas, y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dexasen los demas en casa de Magiscatzín.

Marchó el exército con grandes aclamaciones del concurso popular, y grande alegría de los mismos soldados Tlascaltécas, pronósticos de la victoria, en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hizose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascála, y cinco de Tepeáca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del exército, y solo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos, que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia de los Tlascaltécas, en cuya irritacion tuvieran diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas, los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dixesen de su parte á los Caciques y Ministros principales de la ciudad: " Que venia con aquel exér-
" cito á castigar la muerte de tantos Españoles co-
" mo habian perdido alevosamente la vida en su

" distrito, y la traycion calificada con que se ha-
" bian negado á la obediencia de su Rey; pero
" que determinándose á tomar las armas contra
" los Mexicanos (para cuyo efecto los asistiria con
" sus fuerzas y las de Tlascála) quedaria borrada
" con un perdon general la memoria de am-
" bas culpas, y serian restituidos á su amis-
" tad, excusando los daños de una guerra, cuya
" razon los amenazaba como delinqüentes, y los
" trataria como enemigos."

Partieron con este mensage, y al parecer, bastantemente asegurados: porque Doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin rezelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y así lo executaron el dia siguiente: acompañándolos en esta funcion dos Mexicanos que, al parecer, venian como zeladores de la embaxada, para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya substancia fué insolente y descomedida: " Que no querian la paz, ni " tardarian mucho en buscar á sus enemigos en " campaña para volver con ellos maniatados á las " aras de sus Dioses." A que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta con el número de su exército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento, que ordenó para su mayor justifica-

cion, en que les protestaba: "Que no admitiendo "la paz con las condiciones propuestas, serian "destruidos á fuego y á sangre como traydores á "su Rey, y quedarian esclavos de los vencedores, "perdiendo enteramente la libertad quantos no "perdiesen la vida." Hizose la notificacion á los Enviados con asistencia de los intérpretes: y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento; no porque le hubiesen de leer, sino porque, al oir de sus mensageros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo mas de las palabras sin voz que llevaba el papel: que como estrañaban tanto en los Españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobre natural que pudiesen hablarse y entenderse desde lejos, quiso darles en los ojos con lo que les hacia ruido en el cuidado; que fué como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Pero sirvió de poco este primor; porque fué aun mas briosa, y mas descortés la segunda respuesta, con la qual llegó el aviso de que venia marchando en diligencia mas que ordinaria el exército enemigo: y Hernan Cortés resuelto á buscarle, ordenó luego su gente, y la puso en marcha, sin detenerse á instruirla ni animarla; porque los Españoles estaban diestros en aquel género de batallas; y los Tlascaltécas iban tan deseosos de pelear, que trabajó mas la razon en detenerlos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados en-

tre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo, si fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde lejos el bullicio de su natural inquietud; y la noticia de los batidores llegó á tiempo, que, dadas las órdenes, y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la zelada con un género de sosiego, que procuraba imitar el descuido.

Dióse principio al combate, prolongando los esquadrones lo que fué necesario para guardar las espaldas: y los Mexicanos, que traían la vanguardia, se hallaron acometidos por todas partes, quando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo quantos no se retiraron anticipadamente. Fuése ganando tierra sin perder la formacion del exército; y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehicieronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los Mexicanos cedieron no solamente la campaña, sino todo el pais, buscando su refugio en otros aliados: y á su exemplo se retiraran los Tepeaqueses con el mismo desórden, tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus Comisa-

rios á rendir la ciudad, pidiendo quartel, y dexándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas : hicieronse muchos prisioneros, y el despojo fué considerable. Los Tlascaltécas pelearon valerosamente (y lo que mas se pudo estrañar) tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina, murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo : y de los Españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente, que no fué necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad ; y así los Magistrados, como los Militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio y los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humillaronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra : y fué necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luego que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al Rey Don Carlos, y publicasen el perdon general en su nombre : cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los Tlascaltécas su quartel fuera de poblado, porque se temió que pudiese mas en ellos la costumbre de maltratar á sus enemigos, que la suje-

cion á las órdenes en que se iban habituando: y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus Españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de rezelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que, á la verdad, fueron solicitados y asistidos por los Mexicanos, así para la primera traycion, como para los demas atrevimientos.

Hallabanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion: y tan desengañados en el conocimiento (de que aun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas) que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparáse la ciudad: de que se tomó pretexto para levantar allí una fortaleza, que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos: y sobre todo para dar seguridad al paso de la Vera Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que, siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerraronse las avenidas con algunas trincheras de fagína y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña: y en lo mas eminente se levantó una fortificacion de materia mas solida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para qualquier accidente de los

que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud, y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias: y Hernan Cortés señaló algunos Españoles que se quedasen á defender aquella plaza, que hizo llamar Segura de la Frontera y fué la segunda poblacion Española del Imperio Mexicano.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones de los prisioneros Mexicanos y Tepeaqueses de la victoria pasada; y ordenó que fuesen llevados á Tlascála con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entónces en aquella tierra el herrarlos, y venderlos como esclavos. Abuso, y falta de humanidad, que tuvo su principio en las Islas, donde se practicaba ya este género de terror contra los Indios rebeldes, aunque no se refiere como disculpa el exemplar: que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable; y por mas que fuese ageno el primer desacierto, que daria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprehension de semejante desórden, aunque llegó á noticia del Emperador fundado en algunos de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los Christianos, y fué punto que se ventiló en largas

disputas y papeles. Pero aquel ánimo Real (verdaderamente religioso y compasivo) se dexó pendientes las controversias de los Teólogos, y ordenó, de propio dictámen, que fuesen restituidos en su libertad quando lo permitiese la razon de la guerra; y en el interin, tratados como prisioneros, y no como esclavos. Heroica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad: porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallage; ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

CAPITULO IV.

Envia Hernan Cortés diferentes Capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y vá personalmente á la ciudad de Guacachala contra un exército Mexicano, que vino á defender su frontera.

Poco despues que alojó el exército en Tepeáca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencál, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el exército auxîliar de los Tlascaltécas. Convenia, para sosegar á los Tepeaqueses, que andaban rezelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los Mexicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó quatro lugares de aquel distrito, envió diferentes Capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta Españoles, y número considerable de Tlascaltécas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre: y los Capitanes volvieron victoriosos, dexando sujetas aquellas poblaciones re-

beldes, y no sin escarmiento á los Mexicanos, que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes, El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fué rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros excedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los Españoles: y ya no se llamaban prisioneros, sino cautivos, hasta que, puestos en venta, perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal, dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Habia muerto en esta sazon (segun la noticia que se tuvo poco despues) el Emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que, como diximos, se llamaba Quetlavaca, Señor de Iztapalapa: y juntándose los Electores, dieron su voto y la investidura del Imperio á Guatimozín, sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que, á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luego lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los Españoles en la provincia de Tepeáca: y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los Tlascaltécas, y demas provincias confinantes, en-

tró en aquel temor razonable, de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables prevenciones, que dieron grande recomendacion á los principios de su reynado. Alentó la milicia con premios y exênciones. Ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra. Hizose mas Señor de los nobles con dexarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores. Repartió dádivas y ofertas entre los Caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa: y porque no se quejasen de que les dexaba todo el peso de la guerra, envió un exército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra Nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia exército en la frontera, y no le dexaron que dudar tres ó quatro mensageros nobles que le despachó el Cacique de Guacachóla, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de México, y una de las que miraba el nuevo Emperador como antemural de sus Estados. Venian á pedir socorro contra los Mexicanos: quejabanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos lue-

go que se dexáse ver de sus murallas el exército de los Españoles. Facilitaban la empresa, y la querian justificar, diciendo que su Cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro Rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés, qué grueso tendria el enemigo en aquel parage: y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de su ciudad, y en otra que se llamaba Yzucán, distante quatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachúla, y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa, que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Exâminólos cuidadosamente, haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su Cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dexaron persuadido á que venia sin doblez la proposicion, Y quando le quedáse algun rezelo, procuraria disimularle; porque aun en caso de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas ciudades fronterizas, ántes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Tomó tan de veras el empeño, que formó aquel mismo dia un exército de hasta trescientos Españoles, con doce ó trece caballos, y mas de treinta mil Tlascaltécas, encargando la faccion al Maestre de Campo Christoval de Olid: y andaba tan cerca

tró en aquel temor razonable, de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables prevenciones, que dieron grande recomendacion á los principios de su reynado. Alentó la milicia con premios y exênciones. Ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra. Hizose mas Señor de los nobles con dexarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores. Repartió dádivas y ofertas entre los Caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa: y porque no se quejasen de que les dexaba todo el peso de la guerra, envió un exército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra Nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia exército en la frontera, y no le dexaron que dudar tres ó quatro mensageros nobles que le despachó el Cacique de Guacachóla, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de México, y una de las que miraba el nuevo Emperador como antemural de sus Estados. Venian á pedir socorro contra los Mexicanos: quejabanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos lue-

cando en mas que ordinaria diligencia: y le obligaron á poner en órden su gente, creyendo que le buscaban ya los Mexicanos: en que obró lo que debia: que nunca dañan á la salud de los exércitos los excesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venia por Capitan de aquellas tropas el Cacique de Guaxozingo, á quien acompañaban otros Caciques sus confederados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mexicanos, que tenian ocupada la frontera, y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los Caciques á verse con él, como lo executaron luego. Pero de lo mismo que, al parecer, debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el exército, que tomó su principio en los Tlascaltécas, y comprehendió brevemente á los Españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida; y que la enviaban los Mexicanos para que se declaráse por enemiga quando llegáse la ocasion de la batalla. Oyólos Christóval de Olid: y dexándose llevar con poco exâmen á la misma sospecha, prendió luego á los Caciques, y los envió á Tepeáca, para que determináse Cortés lo que se debia executar. Accion atropellada, en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian

como amigos; pero estos perseveran á vista de aquella desconfianza, sin moverse del parage donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad: y los demas no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta, y quedaron obligados á esperar la órden.

Llegaron los presos brevemente á la presencia de Cortés, y se quejaron de Christoval de Olid en términos razonables: dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desayre de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos: porque halló en ellos todas las señas que suele traer consigo la verdad para diferenciarse de engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion: porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el exército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada: y encargando á los Ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los Caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa, que llegó en breves horas al exército. Alentaronse todos con su presencia: pusieronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba obscureciendo los ánimos: reprehendió á

Christoval de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus rezelos con la prision de los Caciques. Y unidas las fuerzas marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachúla, ordenando que se adelantasen los mensageros de aquella ciudad, y diesen aviso á su Cacique del parage donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitáse ya de sus ofertas, sino por excusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Tenian su alojamiento los Mexicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su exército, y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa: quando el Cacique logró la ocasion, y desempeñó su fidelidad, cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena órden, y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los Mexicanos: siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con

los Españoles, señalando su quartel fuera de los muros á los Tlascaltécas y demas aliados, cuyo número fué creciendo por instantes: porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros Caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debaxo de su mano; y creció tanto su exército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachúla con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al Cacique y á los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso: y ellos se ofrecieron para la empresa de Yzucán, no sin presuncion de necesarios, por la noticia con que se hallaban de la tierra, y por lo que ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el Cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañabala un rio, que necesariamente se habia de penetrar; y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciáse la faccion, ni se dexáse de mover todo el exército.

Iba Christoval de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion

halló la mayor parte del exército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion, y tan arrestado en los avances que le mataron el caballo, y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mugeres, quedándose con mas de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas, y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apénas acabó de pasar el exército, y se dieron las órdenes de acometer, quando cesaron los gritos, y desapareció por todas partes la guarnicion. Pudose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mexicanos, que, puesto en desórden, iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltécas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan executivamente, que apénas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó quatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demas, enviándolos á los

bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del Rey ofreciesen perdon y buen pasage á quantos se volviesen luego á sus casas: cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detuvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo, y abrazasen la obediencia con el exemplo de Guachúla. Despidió al mismo tiempo las tropas de los Caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones: y se volvió á Tepeáca con sus Españoles y Tlascaltécas, dexando libre de Mexicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la experiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo Emperador Mexicano, que suelen observarse como pronósticos de su reynado, y descaecer ó animar á los súbditos, segun las malogran ó las califican los sucesos.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se halláse Cortés en esta expedicion. Puedese dudar si fué por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones ántes: ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto como en todo á Francisco Lopez de Gómara: porque los demas Escritores afirman lo que dexamos referido:

y el mismo Hernan Cortés en la carta para el Emperador escrita en treinta de Octubre de mil y quinientos y veinte dá los motivos que le obligaron á seguir entónces el exército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al Autor que vamos siguiendo; pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narbáez, Christoval de Olid, que gobernaba el exército, parcial de los rezelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdone Bernal Diaz, que quando lo dixese como lo entendió, pudo ántes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad, y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

CAPITULO V.

Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de México. Hállase casualmente con un socorro de Españoles. Vuelve á Tlascála, y halla muerto á Magiscatzín.

APÉNAS llegó Hernan Cortés á Tepeáca, y á Segura de la Frontera, quando le avisaron de Tlascála que su grande amigo Magiscatzín quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo, porque le debia una voluntad apasionada, que se habia hecho recíproca, y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luego al Padre Fray Bartolomé de Olmedo para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la Iglesia. Estaba, quando llegó este Religioso, poco ménos que rendido á la fuerza de la enfermedad; pero con el juicio libre, y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion: porque le desagradaban los ritos, y la multiplicidad de sus Dioses, y hallaba ménos disonancia en la Religion de los Españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la ra-

ton natural, y ciego, al parecer, mas por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle Fray Bartolomé, porque halló conocido el error, y deseado el acierto: con que solo necesitó de instruirle y amonestarle para excitar la voluntad, y quietar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y le recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dexasen la idolatría, y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés, procurando con todas veras, y como punto de conveniencia propia, la conservacion de los Españoles: porque, segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus manos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirarselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de los antecedentes, y ser dictámen suyo este que se refiere como profecía. Lo que no se debe dudar es, que le premió Dios con aquella última docilidad y extraordinaria vocacion lo que obró en favor de los Christianos: así como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la república de Tlascála. Fué hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el Senado, y casi á mandar en sus resoluciones: porque cedian todos á su autoridad y á su talento; y él sabia disponer como absoluto, sin exceder los límites de aconsejar como

repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo; aunque le hacia mas falta como amigo, que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el Cielo, que, al parecer, cuidaba de animarle para que no desistiese, le socorrió entónces con un suceso favorable, que mitigó su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un baxel de mediano porte, en que venian trece soldados Españoles, y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velazquez de socorro á Pámphilo de Narbáez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el exército de Cortés. Venia por Cabo de esta gente Pedro de Barba, el que se hallaba Gobernador de la Havana quando salió Hernan Cortés de la Isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viage. Apénas descubrió el baxel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, quando salió en un esquife á reconocerle. Saludó con grande afecto á los recienvenidos; y en la cortesía ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pámphilo de Narbáez, conoció á lo que venia. Respondiόle sin detenerse: "Que no solo se hallaba "con salud, sino en grandes prosperidades: por-

" que todas aquellas regiones le habian dado la " obediencia, y Hernan Cortés andaba fugitivo " por los montes con pocos de los suyos." Cautela, ó falta de verdad, en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo: pues fué bastante para sacarlos á tierra sin rezelo, y para dar con ellos en la Vera Cruz, donde se descubrió el engaño, y se hallaron presos por Hernan Cortés: aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero, porque, á la verdad no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de hallarse con mas Españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luego una compañía de Ballesteros en fé de que tenia presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debaxo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que traía Pedro de Barba para Narbáez, en que le ordenaba Diego Velazquez (suponiéndole vencedor y dueño de aquellas conquistas;) " Que se mantuviese á toda costa en " ellas, para cuyo efecto le ofrecia grandes socorros. " Y últimamente le decia: Que, si no hubiese " muerto á Cortés, se le remitiese luego con bas- " tante seguridad, porque tenia órden expresa del " Obispo de Burgos para enviarle preso á la corte."

Y sería justificada la órden, si se atendió á no dexar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este Ministro á Diego Velazquez, se puede temer que solo se trataba de que fuese mas ruidoso y mas exemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo baxel con nuevo socorro dirigido á Pámphilo de Narbáez, y le aprehendió con la misma industria Pedro Caballero. Traía ocho soldados, una yegua, y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del Capitan Rodrigo Morejon de Lobera: y todos pasaron luego á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el exército, siguiendo el exemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciéndole que traían dentro de sí algunas especies como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de México: y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictámen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable, porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de las cal-

zadas, no se debia fiar de los pontones levadizos: invencion que solo pudieron disculpar las angustias del tiempo: á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los Indios, y transportar su exército á la ciudad: los quales pensaba llevar desarmados sobre hombros de Indios tamenes á la ribera mas cercana del lago, desde los montes de Tlascála, catorce ó quince leguas, por lo ménos, de aspero camino. Tenia raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio: y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sino facilitada la execucion, que tomó luego por su cuenta, le mandó que se adelantáse á Tlascála, llevando consigo los soldados Españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviéndose tambien de los Indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demas que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al mismo tiempo que se truxesen de la Vera Cruz la clavazon, xarcias y demas adherentes que reservaron de aquellos baxeles que hizo echar á pique. Y porque tenia observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y

sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Hallábase tambien falto de pólvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los Indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados Españoles (entre los quales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el Artillero) que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad: y volvieron finalmente con el azufre que fué necesario para la fábrica. En todo estaba, y á todo atendia Hernan Cortés, tan lejos de fatigarse, que, al parecer, descansaba en su misma diligencia.

Hechas todas estas prevenciones, que se fueron perficionando en breves dias, trató de volverse á Tlascála para estrechar quanto pudiese los términos de su conquista: y ántes de partir, dexó sus instrucciones al nuevo Ayuntamiento de Segura, y por Cabo militar al Capitan Francisco de Orozco, dándole hasta veinte soldados Españoles, y quedando á su obediencia la milicia del Pais. Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzín: previnose de ropas negras, que vistieron sobre la armas él y sus Capitanes: á cuyo efecto mandó teñir algunas mantas de la tierra. Hizose la entrada sin mas aparato que la buena

ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados, que iba publicando el duelo de su General. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad: porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenia razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades: y que fué una exterioridad á dos luces, en que hizo quanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los Senadores sin proveer el cargo de Magiscatzín (que gobernaba como Cacique por la república el barrio principal de la ciudad) para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictámen: y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró, y dispuso que nombrasen los demas, á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juico y el valor, y de tanto espíritu, que subió al tribunal sin estrañar la silla, ni hallar novedad en las materias del gobierno: y últimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo mas importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautismo, le recibió con pública solemnidad, llamándose Don Lorenzo de Magiscatzín; efecto maravilloso de las razones que oyó á Fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de su padre, cuya fuerza, meditada

y digerida en la consideracion, le fué llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el Cacique de Yzucán, mancebo de poca edad, que vino á Tlascála con la investidura y representacion del nuevo Señorío para dar las grácias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleyto que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre. Que todo se lo consultaban, comprometiendo en él sus diferencias los Caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables: tanto le veneraban, y tan seguros del acierto le obedecian.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones despertó al anciano Xicotencál, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dexaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad, ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el exemplar de Magiscatzín, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la Religion Católica en el artículo de la muerte, le hizo tanta fuerza, que dió los oídos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiendo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece, á la verdad, que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnátes y los sabios de la república, por cuyo dictá-

men se gobernaban los demas. Pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: Fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen; y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la Religion, hasta que, impuesto el yugo á los Mexicanos, se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los Tlascaltécas al sosiego de que necesita la enseñanza, y nueva introduccion de la doctrina Evangélica. Dexóse para despues lo mas esencial: enfriaronse los exemplares y duró la idolatría. Pudose lograr en los dias que se detuvo el exército el primer fruto, por lo ménos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentáse, ó consiguiese otra conversion. Tiempo erizado, bullicios de armas, y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demas atenciones, y algunas veces á que se oygan mejor las máxîmas de la violencia con el silencio de la razon.

CAPITULO VI.

Llegan al Exército nuevos socorros de soldados Españoles. Retíranse á Cuba los de Narbáez, que instaron por su licencia. Forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos Comisarios al Emperador.

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque, no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panúco; pero tenia tan rara fortuna sobre sus émulos, que, así como le iba socorriendo Diego Velazquez con los medios que juntaba para destruirle, y mantener á Pámphilo de Narbáez, le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacia para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como diximos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia, quando estaba nuestro exército en Zempoala: y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada: juntó mayor número de gente, y envió sus mejores Capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera: porque apénas saltaron en tierra los Españoles, quando hallaron tan valerosa

resistencia en los Indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron: y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias; y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el exército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Tuvose por cuidado y disposicion del Cielo este socorro; y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados, ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte donde mas eran menester, el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fué un suceso digno de reflexîon particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta repeticion de oportunidades en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navio que gobernaba el Capitan Camargo con sesenta soldados Españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos á cargo del Capitan Miguel Diaz de Auz, Caballero Aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fué su persona socorro particular: y últimamente la nave del Capitan Ramirez, que tardó algo mas, y llegó con mas de quarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Des-

embarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascála: dexando exemplo á los demas para que siguiesen el mismo viage, como lo executaron todos voluntariamente: porque hacian ya tanto ruido en las Islas cercanas los progresos, de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, fáciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de Españoles: llenáronse los ánimos de nuevas esperanzas: reduxéronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazábanse como amigos los que solo se conocian como Españoles: y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dexó llevar á los excesos del contento, sin olvidarse de levantar al Cielo el corazon, atribuyendo á Dios, y á la justificacion de la causa que defendia, todo lo maravilloso y todo lo favorable del suceso.

Pero no bastó esta felicidad para que se quietasen los de Narbáez, que volvieron á instar á Cortés sobre que les diese licencia para retirarse á la Isla de Cuba, en que le reconvenian con su misma palabra; y no podia negar que los llevó con este presupuesto á la expedicion de Tepeáca, ni quiso entrar con ellos en nueva negociacion, porque se hallaba con Españoles de mejor calidad: y no era tiempo ya de sufrir involuntarios y quejosos que

hablasen con desconsuelo en los trabajos que allí se padecian, culpando á todas horas la empresa de que se trataba. Gente perjudicial en el quartel, inútil en la ocasion, y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el exército algo mas que los ausentes.

Mandó publicar en el cuerpo de guardia y en los alojamientos: "Que todos los que se quisiesen
" retirar desde luego á sus casas, lo podrian exe-
" cutar libremente, y se les daria embarcacion
" con todo lo necesario para el viage:" de cuya permision usaron los mas, quedándose algunos á instancia de su reputacion. Dexa de nombrar Bernal Diaz á los que se quedaron, y nombra prolixamente á casi todos los que se fueron: defraudando á los primeros, y gastando el papel en deslucir á los segundos; quando fuera mas conforme á razon que perdiesen el nombre los que hicieron tan poco por su fama. Pero no se debe pasar en silencio que fué uno de los que se retiraron entónces Andres de Duero, á quien hemos visto en varios lances amigo y confidente de Cortés: y aunque no se dice la causa de esta separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretextos de que se valió para honestar su retirada; porque le hallamos poco despues en la corte del Emperador haciendo ruido entre los Ministros con la voz y con la causa de Diego Velazquez. Si hubo alguna queja entre los dos que diese motivo

al rompimiento, sería la razon de Cortés: porque no parece creible que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, que halló salida para dexar á su amigo en el empeño, y para tomar contra él una comision, en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, ó cautivar su entendimiento en obsequio de la sinrazon.

Desembarazado Hernan Cortés de aquella gente mal segura y descontenta (cuya embarcacion y despacho se cometió al Capitan Pedro Alvarado) tomó sus medidas con el tiempo que podria durar la fábrica de los bergantines: despachó nuevas órdenes á los confederados, previniéndolos para el primer aviso: encargó á cada uno la provision de víveres y armas que debian haber, segun el número de sus tropas: y en los ratos que le dexaba libres esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista, para dar cuenta de sí al Emperador, con ánimo de fletar baxel para España, y enviar nuevos Comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella corte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacia lugar entre sus mayores cuidados.

Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo mas substancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, re-

firió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, prospero y adverso, desde que salió el exército de Zempoala, y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la corte de aquel Imperio, hasta que se retiró quebrantado, y con pérdida considerable á Tlascála. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados Españoles con que se iba reforzando su exército, y de las grandes confederaciones de Indios que tenia movidas para volver sobre los Mexicanos. Hablaba con aliento verdaderamente generoso en las esperanzas de reducir á la obediencia de su Magestad todo aquel Nuevo Mundo cuyos términos por la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas, y las opulencias de aquellos Príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus Españoles: la fidelidad y el afecto de los Tlascaltécas: y en lo concerniente á su persona dexaba que hablasen por él sus operaciones; aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin obscurecer al Conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velazquez y Francisco de Garay: y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luego soldados Españoles con el mayor número, que fuese posible, de caballos, armas y municiones: haciendo particular instancia en lo que

importaba enviar Religiosos y Sacerdotes de aprobada virtud que ayudasen al Padre Fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos Indios: punto en que hacia mayor fuerza, refiriendo que se habian reducido, y bautizado algunos de los que mas suponian, y dexado en los demas un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entónces al Emperador, poniendo en su Real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dixo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia, ó las dictaba la eloqüencia de aquel tiempo: no sabemos si bastante, ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar: aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que, como eran nuevos en el oído, llegaban mal pronunciados, ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los Capitanes Alonso de Mendoza, y Diego de Ordaz: y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verisímil que dexáse de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir contingencias de tan largo viage: y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que, ántes de manifestar su comision en España, ni darse á co-

nocer por Enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los Comisarios del año antecedente, para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se halláse la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al Rey, que se compusó del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascála, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entónces de sus pobres riquezas, á que se agregó tambien lo que se pudo adquirir en las expediciones de Tepeáca y Guacachúla: ménos quantioso que el pasado, pero mas recomendable, por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas, que iban confesadas en la relacion.

Parecióle tambien que debian escribir al Rey en esta ocasion los dos Ayuntamientos de la Vera Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de república en aquella tierra: y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas asistencias, y representando á su Magestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno: porque, así como se debian á su valor y prudencia los principios de aquella grande obra, no sería fácil hallar otra cabeza, ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dixeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenia en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés,

importaba enviar Religiosos y Sacerdotes de aprobada virtud que ayudasen al Padre Fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos Indios: punto en que hacia mayor fuerza, refiriendo que se habian reducido, y bautizado algunos de los que mas suponian, y dexado en los demas un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entónces al Emperador, poniendo en su Real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dixo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia, ó las dictaba la eloqüencia de aquel tiempo: no sabemos si bastante, ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar: aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que, como eran nuevos en el oído, llegaban mal pronunciados, ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los Capitanes Alonso de Mendoza, y Diego de Ordaz: y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verisímil que dexáse de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir contingencias de tan largo viage: y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que, ántes de manifestar su comision en España, ni darse á co-

los desórdenes de Velazquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos Ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entónces la Isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron, y ofrecieron apoyar con el Emperador todo lo que se habia obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada: encargándose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repetidas: en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos Comisarios mas aplaudidos, que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero ántes que pasemos á la narracion de nuestra Conquista, y entretanto que se dá calor á la fábrica de los bergantines, y á las demas prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viage de los otros dos Comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la corte del Emperador: noticia que ya se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal, y se permiten al historiador como digresiones necesarias, que importan á la integridad, y no disuenan á la proporcion de la Historia.

CAPITULO VII.

Llegan á España los Procuradores de Hernan Cortés, y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que, mejorando las cosas de Castilla, volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del Obispo de Burgos.

Dexamos á Martin Cortés con los dos primeros Comisarios de su hijo, Alonso Hernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, en la miserable tarea de seguir la corte, donde residian los Gobernadores del reyno, y freqüentar los zaguanes de los Ministros, tan lejos de ser admitidos, que, sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dexarse ver, reducidos á contentarse con el reparo casual de los ojos: desconsolado memorial de los que tienen razon, y temen destruirla con adelantarla. Oyólos el Emperador benignamente, como se dixo en su lugar; y aunque le tenian desabrido las porfías y descomedimientos de algunas ciudades, que intentaban oponerse al viage de Alemania con protestas irreverentes, ó poco ménos que amenazas, hizo lugar para informarse con particular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de la Nueva España, y tomar

punto fixo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hízose capaz de todo, sin desdeñarse de preguntar algunas cosas: que no desdice á la Magestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio; ni siempre debian ir á los Consejos las dudas de los Reyes. Conoció luego las grandes conseqüencias que se podian colegir de tan admirables principios: y ayudó mucho entónces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

No permitieron las dependencias del reyno junto en Córtes, ni lo que instaba el viage del Cesar, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una materia, que tenia sus contradicciones, tanto por las diligencias que interponian los Agentes de Diego Velazquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos Ministros. Pero quando llegó el caso de la embarcacion, que fué á los veinte de Mayo de este año de mil y quinientos y veinte, dexó su Magestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al Cardenal Adriano, Gobernador del reyno en su ausencia. Y él deseó con todas veras favorecer esta causa; pero, como los informes por donde se habia de gobernar en ella salian del Consejo de Indias, cuyos votos tenia cautivos de su autoridad y de su pasion el Presidente Obispo de Burgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era fá-

cil asegurar el acierto en su dictámen, quando llegaban á su oído, cubiertas con el manto de la justicia, las representaciones de Velazquez, y desacreditadas, con el título de rebeldías, las hazañas de Cortés.

Faltó despues el tiempo, quando era mas necesario, para que se descubriese, ó exâmináse la verdad, dexándose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietáronse algunas ciudades, con pretexto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del exemplo. Sintieron todas, como última calamidad, la ausencia del Rey: y algunas, creyendo que le servian, ó que no le negaban la obediencia, como atenciones de la obligacion, los engaños de la fidelidad.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad: defecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los Señores y los Ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Pusose todo en turbacion: y últimamente llegaron casi á reynar las turbulencias del Reyno, que llamó la Historia *Comunidades*; aunque no sabemos con que propiedad: porque no fué comun la dolencia, donde tuvieron la parte del Rey muchas ciudades, y casi toda la nobleza. Die-

ron este nombre á su atrevimiento los delinquüentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de qne se valian para desconocer la sedicion.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes; pero hemos debido tocarlas de paso, y decir algo del estado en qúe se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del Cardenal, y se atrasaron las dependencias de Cortés. Poco favorable sazon para tratar de nuevo empresas, quando andaban los Ministros y el Gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonaban á despropósitos los cuidados de afuera. Por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total desconcierto de las cosas, se retiraron á Modellin con ánimo de aguardar á que pasáse la borrasca, ó volviese de su jornada el Emperador, que tenia comprehendida su razon, y los dexó con esperanzas de favorecerla, suponiendo ya que sería necesaria su autoridad para vencer la oposicion del Obispo y los demas embarazos del tiempo.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prosperamente su viage; y sin descubrirse, ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés. Diligencia que les importó la libertad; porque supieron, con grande admiracion suya, que

los jueces de la Contratacion tenian órden expresa del Obispo de Burgos para que cuidasen de cerrar el paso, y poner en segura prision á qualesquiera Procuradores que viniesen de Nueva Eepaña, embargando el oro y demas géneros que truxesen de propio caudal, ó por via de encomienda: con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que traían, dexando el presente del Rey, con todo lo demas, en manos de aquellos Ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Salieron de Sevilla, no sin rezelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la corte á Martin Cortés, ó á los dos Comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar; pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fué celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco si convendria llevar los despachos de Cortés al Cardenal Gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion; pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reyno, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entónces á conveniencias distantes, que miraban al aumento, y no al remedio de la monarquía; y así resolvieron conservar aquel retiro, hasta que tomasen algun

desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los Ministros.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla; porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra, y á sitiar las villas leales: corriéndose ya de parecer tolerados, y entrando en ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traerlos al conocimiento de su error con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves: particularmente quando, á su parecer, tenian la fuerza y la razon de su parte; y no faltaban algunos eclesiasticos desatentos que abusaban del púlpito, para mantenerlos en esta opinion, dándoles á entender que hacian el servicio de Dios y del Rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso, finalmente, de armarse los Señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciudades que se mantenian por el Emperador: y aunque los rebeldes tuvieron osadía para formar exércitos, y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos, en que perdieron gente y reputacion y á quatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas: porque se retiraron al bando mas seguro los advertidos y los temerosos: reduxeronse las ciudades: calló el

tumulto, y volvió á su oficio la consideracion. Movimiento, en fin, poco mas que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Importó mucho, para que la quietud se acabáse de restablecer, el aviso que llegó entónces de que se acercaba la vuelta del Emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dexarlo todo por asistir á lo que necesitaba de su presencia estos reynos: á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallándose Martin Cortés en el tiempo que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luego á la corte con los quatro Procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del Cardenal Gobernador. Informaronle por mayor del estado en que se hallaba la Conquista de México, remitiéndose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza. Dieronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de qualesquiera Procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y preseas que traían de presente para el Rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del Obispo de Burgos: y últimamente le pidieron licencia para recusarle por términos jurídicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar expuestos al castigo de su irreveren-

cia. Oyólos el Cardenal con señas de atento y compadecido, alentándolos, y ofreciendo cuidar de su despacho. Hicieronle particular disonancia las órdenes de Sevilla, y el embargo del presente; porque uno y otro se habia resuelto sin su noticia: y así les respondió en lo tocante al Obispo, que podrian seguir su justicia, como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de qualquiera extorsion que por esta causa pudiesen rezelar: en que les dixo lo bastante, para que se animasen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso. Empresa en que se habla desde abaxo, y suele perderse de timida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna intentaron luego en el Consejo de Indias la recusacion de su mismo Presidente, dando las causas por escrito con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria para que no quedáse ofendido el respeto. Pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia, negando el recurso de la justicia en negocio de tanta consideracion: particularmente quando se acercaba la vuelta del Emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian: y así como importó para la quietud del reyno, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los Ministros. Bernal Diaz del Castillo, y otros que lo tomaron de su Historia, refieren destempladamente las causas de esta re-

cusacion. El dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron: porque no todas parecen creibles de un Varon tan venerable y tan graduado. Pero es cierto que se aprobaron algunas, como el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velazquez: el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los Procuradores de Hernan Cortés, llamándolé rebelde y traydor alguna vez que se olvidaba de su prudencia: y esto con las órdenes que tenia dadas en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias (cargos innegables, que constaban de su misma publicidad) bastó, para que, vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del Consejo, y resolucion del Cardenal, se diese por legítima la recusacion: quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velazquez. Revocarónse las órdenes y los embargos de Sevilla; convalescieron las importancias de aquella empresa: volvieronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco ménos que obscurecidas con el descredito de su fidelidad: y el Cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus Procuradores, y á manifestar con tantas veras el deseo de adelantarle, que, habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exâltacion á la Silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes fa-

vorables á este negocio: fuese por la fuerza que le hacia la razon de Cortés, ó porque, llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio, y facilitar la reduccion de aquella gentilidad. Intereses de la Iglesia, que ocuparian dignamente las primeras atenciones del Sumo Pontificado.

CAPITULO VIII.

Prosiguese hasta su conclusion la materia del Capítulo precedente.

Hallabase á la sazon el ya nuevo Pontífice Adriano Sexto en la ciudad de Victoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipuzcoa, cuyas fronteras invadieron los Franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla. Pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luego en camino, dexando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el Emperador à las costas de Cantabria: y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reynos todavia convalescientes

de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca; pero duraba la mareta sorda, que suele dexarse conocer entre la tempestad y la bonanza, siendo necesario el castigo de los sediciosos (exceptuados en el perdon general) para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia: porque los Franceses, que ocuparon con exército improviso el reyno de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion y la prenda mal adquirida, conservaban á Fuenterrabía, y era preciso tratar luego de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo. Pero á vista de estos cuidados, y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flandes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España, que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los Procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velazquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontífice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del Obispo de Burgos; y mandó formar una junta de Ministros para la determinacion de este negocio, en la qual concurrieron el Gran Canciller de Aragon Mercurio de Catinara, Hernando de Vega, Señor de Grajal, y Comendador mayor de Castilla,

el Doctor Lorenzo Galindez de Caravajal, y el Licenciado Francisco de Vargas, del Consejo y Cámara del Rey, y Monsieur de la Rosa, Ministro Flamenco; y no entró en esta junta Monsieur de Laxao (que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera) porque habia muerto años ántes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Catinara el puesto de Gran Canciller, que vacó por su muerte. Pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas lo que deseaba el acierto de la sentencia: porque no tenia entónces el reyno Ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Vieronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun las cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso, y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los Procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razon de sí en la primera junta: porque deseaban todos abreviar el negocio, y exâminar á cara descubierta como disculpaban, ó como entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad, sin atarse á los términos del camino judicial; cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la substancia, y se debieran llamar estorvos de la justicia.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros Procuradores con sus Abogados; y entre los de Diego Velazquez se dexó ver Andres de Duero, que llegó en esta ocasion: y con haber faltado primero á su amo, hizo ménos estraño el faltar entónces á su amigo. Fueronse leyendo los memoriales, y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente, para ver como satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y como se verificaban las quejas ó las disculpas: de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar dictámen. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco mas que verbal, convinieron todos en que no habia razon para que Diego Velazquez pretendiese apropiarse, y tratar como suya la Conquista de Nueva España, sin mas título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por Capitan de la empresa: porque solo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fué de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del Rey en su distrito; sin que le pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés: porque demas de haberse dado este instrumento con falta de autoridad, y sin noticia de los Gobernadores, á cuya órden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en quanto fué de su

parte, quedó sin accion para decir que se hacia de su órden la Conquista, dexando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó mas conveniente al servicio del Rey con aquella gente, cuya mayor parte fué conducida por él, y con aquellos baxeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos..

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza, ó ménos obediencia de parte de Cortés en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condonar algo á su justa irritacion, y mucho mas á los grandes efectos que resultaron de este principio, quando se le debia una Conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable, y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que fuese mantenido por entónces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentándole y asistiéndole para que no desistiese de una empresa que tenia tan adelantada: y últimamente culparon, como ambicion desordenada en Diego Velazquez, el aspirar con tan débiles fundamentos al fruto y á la gloria de trabajos y hazañas agenas, y como atrevimiento digno de severa reprehension el haber pasado á formar y enviar exército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia, y menospreciando las órdenes que

tuvo en contrario de los Gobernadores y Real Audiencia de Santo Domingo.

Este pareçer de la junta se consultó al Emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya substancia fué: declarar por buen Ministro y fiel vasallo de su Magestad á Hernan Cortés: honrar con la misma estimacion á sus Capitanes y soldados; imponer perpétuo silencio á Diego Velazquez en la pretension de la Conquista: mandarle con graves penas que no la embarazáse por sí, ni por sus dependientes; y dexarle su derecho á salvo en quanto à los maravedis, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho. Con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprehension de Diego Velazquez, y las demas órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del Rey.

Dicen algunos que se gobernó este juicio mas por razon de Estado, que por el rigor de la justicia. No es de nuestro instituto exâminar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces; y no dexamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fué suya la Conquista, y del Rey lo conquistado; sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos Ministros usar de alguna equidad,

sacando este negocio de las reglas comunes, y moderando con la gracia los extremos de la justicia. Temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velazquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues que recibió la reprehension del Emperador: antiguo privilegio de los Reyes, tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesamosle su calidad, su talento y su valor: que de uno y otro dió bastantes experiencias en la conquista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios, y se dexó precipitar en los medios, con que perdió los fines, y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza, vicio que tiene sus temeridades como el miedo: la segunda fué de la ira, que hace los hombres algo mas que irracionales, pues los dexa enemigos de la razon: y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Tratóse luego de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los Ministros de la Junta. Oyó el Emperador á sus Comisarios con alegre semblante, pagado, al parecer, de que tuviesen la justicia de su parte: favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los meritos de su hijo, y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombraronse algunos Religiosos que passen á entender en la con-

version de los Indios: primer desvelo del Emperador, porque siempre hicieron mas fuerza en su piedad los aumentos de la Religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos, que se pudiesen remitir con la primera flota: y considerando quanto importaba que no se detuviesen los despachos, quando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos, y tan rezeloso de sus émulos, se formaron luego las órdenes, reducidas á diferentes cartas del Emperador.

Una para los Gobernadores y Real Audiencia de Santo Domingo, dándoles noticia de su resolucion, y órden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista : otra para Diego Velazquez, mandándole con toda resolucion que alzáse la mano de ella, y reprehendiendo sus excesos con alguna severidad: otra para Hernan Cortés llena de honras y favores de los que saben hacer los Reyes quando se hallan bién servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sino sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de México. Dabale á entender que conocia los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacia breve mencion de las órdenes que se despachaban, concernientes á su

conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de Gobernador y Capitan General de aquella tierra. Ofreciale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los Capitanes y soldados que le asistian. Encargabale con todo aprieto el buen pasage de los Indios, y que fuesen instruidos en la Religion, y mirados como semilla posible del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande. Carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas, que, así como hacen linage donde falta la nobleza, dexan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el Emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de Octubre de mil y quinientos y veinte y dos años; y mandó que partiesen luego con ellos los dos Procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dexamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia, por no dexarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion. Licencia de que no solo son capaces las Historias, sino alguna

vez los Anales, que se ciñen al tiempo con leyes mas estrechas, como lo practicó en los suyos Cornelio Tácito, quando en el Imperio de Claudio introduxo y siguió hasta el fin las guerras Británicas de l. s Vice-Pretores Ostorio y Didio, teniendo por menor inconveniente faltar á la serie de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

CAPITULO XX.

Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones : pasa muestra el exército de Españoles, y á su imitacion el de los confederados : publícanse algunas ordenanzas militares : y se dá principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcúco.

Corrian ya los fines del año mil y quinientos y veinte quando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el Pais enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias ántes un socorro de aquellos que se le venian á las manos ; porque le avisó el Gobernador de la Vera Cruz que habia dado fondo en aquel parage un navio mercantil de las Canarias, que traía cantidad considerable de arcabuces,

pólvora y municiones de guerra, con tres caballos, y algunos pasageros: cuya intencion era vender estos géneros á los Españoles que andaban en aquellas conquistas.

Pagábanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio excesivo; y el interes habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso: cuya noticia puso à Hernan Cortés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luego un Comisario á la Vera Cruz con barras de oro y plata, y la escolta que pareció suficiente, ordenando al Gobernador que compráse las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese: y él lo executó con tanta destreza y con tanto credito de la empresa en que se hallaba su General, que no solamente le dieron á précio acomodado lo que traían, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el exército de Cortés el Capitan y Maestre del navio, con trece soldados Españoles que venian á buscar su fortuna en las Indias. Asunto que andaba entónces muy valido, y que dura todavia en algunos que anhelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Con este socorro, y los demas que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelantar la marcha de su exército: y ya no era posible dilatarla, ni esperar á que se

acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Juntó sus Capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que miráse al intento principal, entre tanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de México; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcúco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que, por estar situada en el camino de Tlascála, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, así para recibir ménos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrías la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de México donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entónces sería bastante para este género de facciones; y aunque los canales por donde se comunicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna parecian estrechos para la introduccion de los bergantines, se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviáse por instantes el plazo de la marcha.

El dia siguiente á esta determinacion pasó mues-

tra el exército de los Españoles, y se hallaron quinientos y quarenta infantes, quarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traer de los baxeles. Executóse á vista de innumerable concurso esta funcion: y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió ménos á registrar el número de la gente, que á la ostentacion del espectáculo: sirviendo al intento de hacerle más recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos, y el uso de las armas, con que se prevenia la reverencia del General, executado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencál el mozo (que iba por General de la república) pasar la muestra de su gente; no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contar sus exércitos, sino por lisongear à Hernan Cortés con la imitacion de sus Españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas, con los demas instrumentos de su milicia: despues los Capitanes en hileras vistosamente ataviados, con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios: las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo, y con las puntas en alto: llevaban todos sus pages de genita con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus ene-

migos, ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos Generales, y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que, sobresaliendo á las picas, hacian oficio de banderas. Constaria todo el exército de hasta diez mil hombres de buena calidad, aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines: cuya seguridad era de tanta conseqüencia, que recibió el Senado como favor lo que pudiera sentir como desvío.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los Tlascaltécas: en que se aparta de Bernal Diaz y de otros Autores; si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholúla y Guaxocingo, cuyos dos exércitos estaban acampados fuera de la ciudad: porque no se duda que salió de Tlascála Hernan Cortés con mas de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demas naciones confederadas: cuyo movimiento fué tan numeroso, que durante la expugnacion de Mexico, llegó á tener debaxo de su mano mas de docientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provision, ni discordia entre na-

ciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni ménos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia de Cortés: pero esta obra no pudo ser toda suya: quiso Dios que se reduxese aquel Imperio; y sirviéndose de su talento, le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Publicaronse luego, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ociosidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida: "Que ninguno fuese osado á sacar la espada contra otro "en los quarteles ni en la marcha: que ninguno "de los Españoles tratase mal con las obras ó con "las palabras á los Indios confederados: que no "se hiciese fuerza ó desacato á las mugeres, aun- "que fuesen del bando enemigo: que ninguno "se apartáse del exército, ni saliese á saquear los "lugares del contorno sin llevar licencia y gente "con que asegurar la faccion: que no se jugasen "los caballos ni las armas, en que se habia tolera- "do alguna relaxacion:" y prohibió con penas particulares de afrenta, ó privacion de honores los juramentos y blasfemias, con los demas abusos, que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimáronse despues estas mismas ordenanzas á los Cabos de las tropas extrangeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y Doña Marina, para darles à entender que las penas hablaban con todos, y que los menores excesos de su gente serian culpas graves, militando entre los Españoles: con que pasó la voz á los Tlascaltécas y á las demas naciones, y fué tan útil esta diligencia, que se conoció desde luego algun cuidado en el proceder ménos licencioso de aquellos Indios; aunque durante la jornada se desentendieron, ó se toleraron algunas demasías, en que fué necesario dar algo á su rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron executar, para reducirlos á mejor disciplina; siendo en ellos como emienda, ó parte de satisfaccion, el temor de la pena, ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha: y despues que dixo Misa Fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los Españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés que se formasen los esquadrones de los Indios en la campaña: y puestos en órden, segun el estilo, salió con su exército en hileras para que viesen como se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester: siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus execuciones, siempre aceleradas y sujetas al desórden.

Llamó luego al General y Cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exôrtacion, pidiéndoles: "Que animasen á "su gente con la esperanza del comun interes, "pues iban á pelear por su libertad y la de su pa- "tria: que se deshiciesen de todos los que no "fuesen voluntarios: que castigasen con particu- "lar cuidado los excesos que se cometiesen contra "las ordenanzas: y sobre todo, que les pusiesen "delante la obligacion en que se hallaban de imi- "tar á sus amigos los Españoles, no solo en las "hazañas del valor, sino en la moderacion de las "costumbres."

Partieron ellos á obedecerle, y vuelto á los suyos, que ya callaban, dando á entender que atendian: "No trato, amigos, y compañeros (dixo) de "acordaros ni engrandeceros el empeño en que os "hallais de obrar como Españoles en esta em- "presa, porque tengo conocido el esfuerzo de vues- "tros corazones; y no solo debo confesar la "experiencia, sino la envidia de vuestras hazañas. "Lo que os propongo (ménos como superior, que "como uno de vosotros) es que pongamos todos "con igual diligencia la vista y la consideracion "en esa múltitud de Indios que nos sigue, to- "mando por suya nuestra causa; demostracion "que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas "ambas de nuestro cuidado: la primera, de tra- "tarlos como amigos, sufriéndolos, si fuere ne-

" cesario, como á ménos capaces de razon: y la " otra, de advertirlos con nuestro proceder lo que " deben observar en el suyo. Ya llevais enten- " didas las ordenanzas que se han intimado á to- " dos; qualquiera delito contra ellas tendrá en " vosotros su propia malicia, y la malicia del e- " xemplo. .Cada uno debe reparar en lo que po- " drán influir sus transgresiones; ó será fuerza " que reparemos los demas en lo que importan las " influencias del castigo. Sentiré mucho hallar- " me obligado á proceder contra el menor de mis " soldados; pero será este sentimiento como dolor " inexcusable, y andarán juntas en mi resolucion " la justicia y la paciencia. Ya sabeis la faccion " grande á que nos disponemos: obra será digna " de Historia conquistar un Imperio á nuestro " Rey; las fuerzas que veis, y las que se irán " juntando, serán proporcionadas al heroyco in- " tento. Y Dios, cuya causa defendemos, vá con " nosotros, que nos ha mantenido á fuerza de mi- " lagros: y no es posible que desampare una em- " presa en que se ha declarado tantas veces por " nuestro Capitan. Sigámosle, pues, y no le " desobliguemos." Y volviendo á decir: *Sigamosle, y no le desobliguemos,* acabó su oracion, ó porque no halló mas que decir, ó porque lo dixo todo; y dió principio á la marcha, llevando en el oído las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian,

aquella casualidad extraordinaria con que se habian multiplicado sus Españoles, ó aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna, ó como feliz auspicio del suceso, no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones: pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

CAPITULO X.

Marcha el Exército, no sin vencer algunas dificultades. Previénese de una embaxada cautelosa el Rey de Tezcúco; de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.

CAMINÓ aquel dia el exército seis leguas, y se alojó, al caer del sol, en el lugar de Tezmelúca: nombre que significa en su lengua *el encinar*. Era poblacion considerable, situada en los confines Mexicanos, y en la jurisdiccion de Guaxocingo, cuyo Cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los Españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuviéronse algunos

avisos de que habia junta de Mexicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcúco: y porque se llegó á este parage algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el exército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra, donde se previnieron los ranchos de grandes fuegos, que apénas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó la gente á subir la cuesta, y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco mas de una legua, vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos. Y Hernan Cortés (que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos) dixo en alta voz hácia los Españoles: "No "parece que desean mucho estos valientes verse "con nosotros, puesto que nos embarazan el uso "de los pies, para que tardemos algo mas en ve-"nir á las manos." Y sin detenerse, mandó que pasasen á la vanguardia dos mil Tlascaltécas á desviar los impedimentos del camino: lo qual executaron con tanta celeridad, que apénas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron de-

lante algunas compañías á reconocer los parages donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Descubriase desde lo mas alto la gran laguna de México: y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que allí se habia padecido, sin olvidar las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entónces los bienes y los males, para dar calor á la venganza con los incentivos del interes. Descubrianse tambien algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision; y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el exército, se continuó la marcha con poco menor dificultad, y con el mismo rezelo; porque duraban las asperezas del camino, y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

Pero vencido este impedimento, se descubrió á largo trecho el exército enemigo que ocupaba el llano sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de fácil retirada. Alegraronse lós Españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion: y sucedió lo mismo á los Tlascaltécas; aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés, y diligencias de sus Capitanes para que no se desorde-

nasen con el ansia de pelear. Estaban los Mexicanos á la otra parte de un barranco grande, ó quiebra del terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo, que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entónces agua considerable. Tenia por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasageros, la qual pudieran haber cortado con facilidad ; pero, segun lo que se presumió despues, la dexaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho, teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Así lo discurrieron quando hacian la cuenta lejos del peligro ; pero al reconocer el exército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies ménos fantásticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto : y deseando afectar el valor, ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo, al parecer, la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha ; y al reconocer el barranco, tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo ; porque, aun hallado sin resistencia, se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañías de Tlascaltécas á entretener la marcha,

sin entrar en mayor empeño, hasta que, pasando el resto de la gente, se aseguráse la faccion. Pero apénas reconocieron los Mexicanos que se iba doblando el exército á la otra parte de la zanja, quando perdieron toda su política, y se declararon por fugitivos, desuniéndose á buscar atropelladamente las sendas ménos holladas, ó el refugio de los montes.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcúco, y qualquiera dilacion se debia mirar como desvío del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los Mexicanos, que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el exército en un lugar recien despoblado, tres leguas de Tezcúco, donde se tomó por quarteles el descanso, dobladas las centinelas, y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez Indios, al parecer, desarmados, que venian á paso largo, con señas de mensageros ó fugitivos, y traían levantada en alto una lámina de oro en forma de bandera, que se tuvo por insignia de paz. Era el principal de ellos un Embaxador, por cuyo medio rogaba el Rey de Tezcúco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio: dando á entender que deseaba

entrar en su confederacion, á cuyo fin tenia prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los Españoles de su exército, y serian asistidas fuera de los muros con lo que hubiesen menester las naciones que le acompañaban. Exâminóle con algunas preguntas Hernan Cortés; y él, que no venia mal instruido, respondió á todas sin embarazarse: añadiendo que su amo estaba ofendido y quejoso del Emperador que reynaba entónces en México, porque, no habiéndose ajustado á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas extorsiones indignas de su paciencia: para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los Españoles, como uno de los mas interesados en la ruina de aquel tirano.

No dicen nuestros historiadores (ó lo dicen con variedad) si reynaba entónces en Tezcúco el hermano de Cacumatzín, á quien dexamos preso en México, por haber conspirado contra Motezuma y contra los Españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés: y segun el suceso, parece que ya reynaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese así el nuevo Emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los Españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés: porque apénas recibió la embaxada, quando se apartó del Em-

baxador para conferir con sus Capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un Príncipe ofendido; pero que, supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada: cuya primera dificultad excusarian admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros (en lo qual se debia llevar la misma cautela que si se acabáran de ganar por asalto) se obraria lo que pidiese la ocasion. Así lo determinaron: y Hernan Cortés despachó al Enviado, respondiendo á su Príncipe, que admitia la paz, y aceptaba el alojamiento que le ofrecia: deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que se solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el exército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad ó village muy cercano á ella; dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion, que, segun los indicios, no podia caber en pocas horas: siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dexado ver el Cacique, ni enviado persona que visitáse á Cortés. Pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad, hasta que, al salir del sol, se dieron las órdenes, y

se dispuso el exército para el asalto, que ya se tenia por inexcusable; aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia; pero Hernan Cortés, dispuesto á pelear, fué penetrando las calles, sin perder de vista las apariencias de la paz entre los rezelos de la guerra: y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que, saliendo á una gran plaza, se dobló con la mayor parte de su gente, y ocupó con el resto las calles del contorno. Los paisanos, cuya muchedumbre se dexó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo: y se reparó en que faltaban las mugeres. Circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Pareció conveniente ocupar el adoratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna: y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Christoval de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego, y bastante número de Tlascaltécas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad, unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas

la vuelta de México: cuya noticia no dexó que dudar en el engaño del Cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traerle á su presencia: y por este medio averiguó que se habia retirado poco ántes al exército de los Mexicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que (segun lo que decian aquellos paisanos) era de cortas obligaciones: porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretexto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenia resuelto agasajar á los Españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido, para introducir despues las tropas Mexicanas que acabasen con todos ellos en una noche; pero quando supo de su Embaxador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema; y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dexando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicidad en este suceso quanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcúco, puesto ventajoso para su plaza de armas, y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el Cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad. Su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada instante la desconfianza ó el rezelo: y el descontento

de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion. Que, quando se ha de acertar, todo es oportuno, y quiza por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los Capitanes: en cuyas disposiciones obra el valor lo que ordenó la prudencia, y se hallan la prudencia y el valor, sucedido lo que facilitó la felicidad ó la fortuna. Entendió mal, ó no entendió la gentilidad este vocablo de la fortuna: dabale su adoracion como á deidad, aunque achacosa, y deslucida con sus ceguedades y mudanzas; pero nosotros conocemos por este mismo nombre las dádivas gratuitas de la divina beneficencia: con que viene á quedar mejor entendida la felicidad, mejor colocada la fortuna, y mejor favorecido el afortunado.

CAPITULO XI.

Alojado el exército en Tezcúco, vienen los nobles á tomar servicio en él. Restituye Cortés aquel reyno al legítimo sucesor, dexando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasage, tratando solo de ganar aquellos ánimos, que ya se debian mirar como rendidos: y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus Cabos, cuya obediencia fué mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que, no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el exército en los palacios del Rey fugitivo: y eran tan capaces, que hallaron bastante alojamiento en ellos los Españoles, con alguna parte de los Tlascaltécas: y los demas se acomodaron en las calles cer-

canas fuera de cubierto, por evitar la extorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasage de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entónces habian experimentado: y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad: á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro quanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegaron aquellos nobles en el trage de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados, al parecer, por un mozo de poca edad, y gentil disposicion, que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su exército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas: á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion, sin desazonar el rendimiento. Escuchóle, no sin admiracion, Hernan Cortés, y se pagó tanto de su eloqüencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los excesos del gusto, volvió á componer el semblante, para responder ménos alborozado á su proposicion.

Fueron llegando los demas: y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales: y llamando á sus intérpretes, averiguó, á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el Cacique por complacer á los Mexicanos: el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los Españoles: la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro: y últimamente dieron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos. Punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas: y halló en la respuesta quanto pudiera fingir su deseo; porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles: "Que Cacumatzín, " Señor de Tezcúco, no era dueño propietario de " aquella tierra, sino un tirano el mas horrible " que llegó á producir entre sus monstruos la " naturaleza; porque habia muerto violentamente, " y por sus manos á Nezabal su hermano mayor, " para echarle de la silla, y arrancar de sus sienes la corona. Que aquel Príncipe, á quien " habia tocado el hablar por todos, como el " primero de los nobles, era hijo legítimo

" del Rey difunto; pero que su corta edad nego-
" ció el perdon, ó mereció el desprecio del tirano:
" y él, conociendo el peligro que le amenazaba,
" supo esconder su queja con tanta sagacidad, que
" ya pasaba por falta de espíritu su disimula-
" cion. Que toda esta maldad se habia fraguado
" y dispuesto con noticia y asistencia del Empe-
" rador Mexicano que antecedió á Motezuma, y
" de nuevo le favorecia el Emperador que reynaba
" entónces, procurando servirse, de su alevosía
" para destruir á los Españoles. Pero que la
" nobleza de Tezcúco aborrecia mortalmente las
" violencias de Cacumatzín: y todos sus pueblos
" tenian por insufrible su dominio, porque solo
" trataba de oprimirlos, cerrando el camino de su-
" jetarlos."

En este sentir se hizo entender aquel anciano; y apénas lo acabó de percibir Hernan Cortés, quando le ocurrió en un instante lo que debia executar. Acercóse al Príncipe desposeido con algo de mayor reverencia: y poniéndole á su lado, convocó los demas nobles que aguardaban su resolucion, y les dixo, mandando levantar la voz á sus intérpretes: " Aquí teneis, amigos, al hijo legíti-
" mo de vuestro legítimo Rey. Ese injusto due-
" ño, que tiene mal usurpada vuestra obediencia,
" empuñó el cetro de Tezcúco recien teñido en la
" sangre de su hermano mayor: y como no es
" dada la ciencia de conservar á los tiranos, reynó

"como se hizo Rey, despreciando el aborreci-
"miento, por conseguir el temor de sus vasallos,
"y tratando como esclavos á los que habian de
"tolerar su delito: y últimamente con la vileza
"abandonaros en el riesgo, desestimando vuestra
"defensa, os ha descubierto su falta de valor, y
"puesto en las manos el remedio de vuestra infe-
"licidad. Pudiera yo (si no fueran otras mis
"obligaciones) servirme de vuestro desamparo, y
"recurrir al derecho de la guerra, sujetando esta
"ciudad, que tengo, como veis, al arbitrio de mis
"armas; pero los Españoles nos inclinamos difi-
"cultosamente á la sinrazon; y no siendo en la
"substancia vuestro Rey el que nos hizo la ofen-
"sa, ni vosotros debeis padecer como vasallos
"suyos, ni este Príncipe quedar sin el reyno que
"le dió la naturaleza. Recibidle de mi mano,
"como le recibisteis del Cielo. Dadle por mí la
"obediencia que le debeis por la sucesion de su
"padre. Suba en vuestros hombros á la silla de
"sus mayores: que yo, ménos atento á mi conve-
"niencia que á la equidad y á la justicia, quiero
"mas su amistad que su reyno, y mas vuestro
"agradecimiento que vuestra sujecion."

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se hallaron sin lo que temian: porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad; y otros, acudiendo primero á la obligacion natural,

se adelantaron á besar la mano á su Príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad, y empezaron las voces á manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bayles y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo Rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonias que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona: con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primores que le dieron nombre de advertido Capitan, porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de México, y halló camino de obligar al nuevo Rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dexándola irreconciliable con el tirano: de ganar al pueblo con su desinteres y justificacion: y últimamente de conseguir la seguridad de su quartel, que, por otro medio, fuera dudosa, ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel Príncipe lo que pedia la razon; porque, á vista de lo que importaban las demas convenien-

cias, daba el primer lugar á esta resolucion; por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo ménos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

CAPITULO XII.

Bautizase con pública solemnidad el nuevo Rey de Tezcúco: y sale con parte de su exército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztapalápa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una zelada que le tenian prevenida los Mexicanos.

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente: la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mexicanos: volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes: y aquel Príncipe vivia tan dependiente, y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de México, pero le consultaba quanto disponia: y aunque mandaba entre los suyos como Rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Sería de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en

tierra ménos bárbara: de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la Religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle, porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion: tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los Dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones Fray Bartolomé de Olmedo: y hallándole tan dudoso en el error, como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo: cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de Don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Trabajábase ya en la obra de los canales por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad: y este Príncipe dió seis ó siete mil Indios vasallos suyos para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de México, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztapalápa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas Mexicanas, que se acer-

caban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores: á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun exercicio á los Indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como diximos, la ciudad de Iztapalápa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los Españoles, y en tal disposicion, que, ocupando alguna parte de la tierra, quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna: cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Christoval de Olid, con trescientos Españoles, y hasta diez mil Tlascaltecas: y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo Rey de Tezcúco, no se lo permitió, dándole á entender que sería mas útil su persona en la ciudad, cuyo gobierno militar dexó encargado á Gonzalo de Sandoval; y á los dos con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del quartel, y los demas accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Executóse la marcha por el camino de la tierra con intento de ocupar la ciudad por aquella parte;

y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictáse la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apénas dió vista el exército á la plaza, quando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres, que habian salido á intentar su defensa en la campaña, con tanta resolucion, que, hallándose inferiores en número, aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente lo que bastó, al parecer, para retirarse con alguna reputacion: porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas, desaparecieron, arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su exército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edificios de la tierra: y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, résolvió, con el parecer de sus Cabos, mantener aquel puesto, y alojarse dentro de los muros, sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apénas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, quando se reparó en que resonaban por todas partes las ace-

quias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas baxo: y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que, levantando las compuertas del lago mayor, lo podrian conseguir sin dificultad. Riesgo inevitable, que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada: en cuya execucion se ganaron los instantes, y todavia escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los Indios: como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su exército á la campaña por el camino de Tezcúco, donde pensaba retirarse, dexando para mejor ocasion la empresa de Iztapalápa, que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel parage á los Mexicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad: mojada la gente, y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa, que no se oyó una desazon entre los soldados: y Hernan Cortés, que andaba por los ranchos infudiendo paciencia con su exemplo, hacia sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desayre de su engaño, ó el escrúpulo de su advertencia.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del exército para entrar en calor, que porque se rezeláse nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos, que venian siguiendo la huella del exército. No se dexó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion, unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida: cada qual segun él dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el exército, y se volvieron las caras quando pareció conveniente: y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los Españoles (que por venir mojada la pólvora, no sirvieron las bocas de fuego) y los arcos de los Tlascaltécas detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad; y al mismo tiempo cerraron los caballos, haciendo lugar á las demas tropas amigas, que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortés á su marcha, sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos; porque necesitaba de todo el dia para llegar à su

quartel ántes de la noche. Pero los enemigos, (tan diligentes en retirarse como en rehacese) le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian ; hasta que, temiendo el peligro de acercarse á Tezcúco, donde tenian su fuerza principal los Españoles, se volvieron á Iztapalápa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates mas de seis mil Indios: y aunque hubo en el exército de Cortés algunos heridos, faltaron solo dos Tlascaltécas, y un caballo, que, cubierto de flechas y cuchilladas, conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortés y todo su exército este principio de venganza como emienda, ó satisfaccion de lo que se habia padecido: y poco ántes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad con tres ó quatro victorias de paso, que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los Mexicanos tenian bien dispuesto su estratagema; hicieron salida para llamar al enemigo: dexaronse cargar para empeñarle: fingieron que se retiraban, para introducirle dentro del riesgo ; dexaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar ; y tenian mayor exército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los Indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus exércitos, y si tenian cabeza para

disponer, puesto que les dexan la ferocidad para las execuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco ménos que envidia de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides, ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos no solo por razonables, sino por justos, particularmente quando es justa la guerra en que se practican: pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos; aunque alguna vez puedan llamarse justos por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

CAPITULO XIII.

Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los Mexicanos; encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los quales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al Emperador Mexicano.

Tenia Hernan Cortés en Tezcúco freqüentes visitas de los Caciques y pueblos comarçanos, que venian á dar la obediencia, y ofrecer sus milicias: súbditos mal tratados, y quejosos del Emperador Mexicano, cuya gente de guerra los oprimia y desfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los quales llegaron á esta sazon unos Mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un exército poderoso del enemigo, que traía comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los Españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa: instancia que pareció no solo puesta en razon, sino de propia conveniencia: porque

importaba mucho que no hiciesen pie los Mexicanos en aquel parage, cortando la comunicacion de Tlascála, que se debia mantener en todo caso. Partieron luego á este socorro los Capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos Españoles, quince caballos, y bastante número de Tlascaltécas, entre los quales fueron, con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion, que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido; permision en que se consideró que, aguardándose nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado ya el nombre de soldados en el de Indios de carga, con el bagage del exército; y como reguló el peso la condicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuadamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento: de lo qual advertidos los Mexicanos (que tenian emboscado en los maizales el exército de la laguna) los acometieron en una de estas mansiones, no solo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus esquadrones con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apénas hubo

tiempo entre recibir el choque, y volver las espaldas.

Dexaron muertos seis ó siete Tlascaltécas de los que hallaron impedidos y desarmados; pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atras aquellos inútiles: cuyo desabrimiento duró hasta que, penetrando el exército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascála, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban; dexando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba: y sabiendo que venian los Españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna: y formando un exército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha: pero se detuvieron á vista del enemigo los Españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltécas con mal reprimida inquietud, para exâminar desde mas cerca el intento de aquella gente. Ha-

llabanse los Mexicanos superiores en el número: y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos Capitanes (despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas) echaron delante los caballos; cuyo choque, horrible siempre á los Indios, abrió camino para que los Españoles y los Tlascaltécas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo: y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba, que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fué tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente desecho el exército de los Mexicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reservaronse para tomar noticias ocho prisioneros, que parecian hombres de cuenta: y aquella noche pasó el exército á la ciudad, cuyo Cacique, despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los Españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente; sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido, segun su costumbre, al ordinario desconcierto de los regocijos

populares. Eran los Chalqueses enemigos de los Tlascaltécas, como súbditos del Emperador Mexicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los Chalqueses, que se hallaron obligados á los Tlascaltécas, por lo que habian cooperado en su defensa: conociendó al mismo tiempo que, para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los Españoles en el tratado, y juntos los Cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los Tlascaltécas á traer la ratificacion de su república.

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevédad, se volvieron Sandoval y Lugo con su exército á Tezcúco, llevando consigo al Cacique de Chalco, y algunos de los Indios principales, que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcúco esta faccion, y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los Cabos de Tlascála: y recibió con el

mismo agasajo á los Chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traer á su presencia los ocho prisioneros Mexicanos, y los esperó en medio de sus Capitanes, previniéndose, para recibirlos, de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos con señas de ánimo abatido y mal dispuesto á recibir el castigo, que segun su costumbre, tenian por irremisible. Mandólos desatar: y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta substancia:

" Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y " segun aquella especie de justicia, en que hallan " su razon las leyes de la guerra, tomar satisfac- " cion de vuestra iniquidad, sirviéndome del " cuchillo y el fuego, para usar con vosotros de la " misma inhumanidad que usais con vuestros pri- " sioneros; pero los Españoles no hallamos culpa " digna de castigo en los que se pierden sirviendo " á su Rey, porque sabemos diferenciar á los in- " felices de los delinqüentes: y para que veais lo " que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, " os hago donacion á un tiempo de la vida y de " la libertad. Partid luego á buscar las banderas

" de vuestro Príncipe, y decidle de mi parte (pues
" sois nobles, y debeis observar la ley con que
" recibis el beneficio) que vengo á tomar satis-
" faccion de la mala guerra que se me hizo en mi
" retirada, rompiendo alevosamente los pactos
" con que me dispuse á executarla: y sobre todo
" á vengar la muerte del gran Motezuma, princi-
" pal motivo de mi enojo. Que me hallo con un
" exército en que no solo viene multiplicado el
" número de los Españoles invencibles, sino alis-
" tadas quantas naciones aborrecen el nombre
" Mexicano: y que brevemente le pienso buscar
" en su corte con todos los rigores de una guerra
" que tiene al Cielo de su parte, resuelto á no de-
" sistir de tan justa indignacion, hasta dexar re-
" ducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y
" anegada en la sangre de sus vasallos la memoria
" de su nombre. Pero que, si todavia, por excu-
" sar la propia ruina, y la desolacion de sus pue-
" blos, se inclináre á la paz, estoy pronto á con-
" cedersela, con aquellos partidos que fueren ra-
" zonables: porque las armas de mi Rey (imi-
" tando hasta en esto los rayos celestiales) hieren
" solo donde hallan resistencia, mas obligadas
" siempre á los dictámenes de la piedad, que á los
" impulsos de la venganza."

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados Españoles á los ocho prisioneros, or-

denó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna: y ellos, arrojándose á sus pies, mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su Príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta; ni Hernan Cortés hizo esta diligencia porque le pareciese posible reducir entónces á los Mexicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia: virtud que suele aprovechar á los Conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar: y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo ménos respetar de los que no la conocen.

CAPITULO XIV.

Conduce los Bergantines á Tèzcúco Gonzalo de Sandoval, y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del exército las riberas de la languna.

LLEGÓ en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines; y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luego de su conduccion: porque la repúbliea de Tlascála tenia prontos diez mil tamenes ó Indios de carga: los ocho mil, que parecian necesarios para llevar la tablazon, xarcias herrage y demas adherentes: y los dos mil, que irian de respeto, para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo: sin comprender en este número á los que se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra con sus Cabos, que aguardaban esta ocasion para marchar al exército: con los quales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascála el comboy de los Españoles que habia de salir al camino: porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra Mexicana. Eran

aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de México: y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el exército. Encargó luego el comboy á Gonzalo de Sandoval, con doscientos Españoles, quince caballos, y algunas compañías de Tlascaltécas, para que, unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á qualquiera invasion de los Mexicanos.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascála con el maderamen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número que, de muy inverisímil, se pudiera buscar entre las erratas de la impresion: quince mil dice Bernal Diaz del Castillo: mas fácil es de creer, sobre los que asistian al exército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los Señores ó Caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecál, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros Capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez de Tlascála con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipár, poblacion poco distante de los confines Mexicanos. Disonó mucho á Chechimecál esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conducta de todo el poder Mexicano: pero últimamente se reduxo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia.

Dispuso Martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento, marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia: con que llegó el caso de verse puesta en execucion la rara novedad de conducir baxeles por tierra: los quales (si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas, que tal vez se hallan en la Historia) se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos entre aquellas ondas, que, al parecer, se formaban de los peñascos y eminencias del camino. Admirable invencion de Cortés, que se vió entónces practicada: y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascála, y se detuvo un dia en Zulepéque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de aquellos pobres Españoles de la Vera Cruz que pasaban á México. Llevaba órden para castigar, ó reducir de paso esta poblacion: pero apénas volvió el exército la frente para torcer la marcha, quando los vecinos desampararon el lugar, huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó quatro compañías de

Tlascaltécas, con algunos Españoles en alcance de los fugitivos; y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia, con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon, que decia: *En esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Justé con otros muchos de su compañía.* Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos Españoles, maceradas al fuego, para defenderlas de la corrupcion. Pavoroso espectáculo, que, conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Excitó entónces la piedad los espíritus de la ira: y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella exêcrable atrocidad con el último rigor; pero apénas se dispuso á executarlo, quando volvieron las compañías que avanzaron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mugeres y niños, dexando muertos en el monte á quantos quisieron escapar, ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojaronse todos á los pies de los Españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hizose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon: y últimamente los mandó desatar, y los dexó en la obediencia del Rey, á que se obligaron con el Cacique los mas principales por toda la poblacion,

como lo cumplieron despues: hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luego recoger aquellos despojos miserables de los Españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su exército, llegando á los términos de Tlascála sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez y Chechimecál con sus Tlascaltécas puestos en esquadron. Saludaronse los dos exércitos, primero con el rogocijo de la salva y de las voces, y despues con los brazos y cortesías particulares. Dieronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias: y quando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los Españoles y Tlascaltécas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del exército á los tamenes, con alguna guarnicion por los costados, dexando á Chechimecál con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto mas avanzado, con tanta destemplanza, que se temió su retirada; y fué necesario que pasáse Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del exército, por ser el mas aventurado, respecto de lo que se debia rezelar que los Mexicanos acometiesen por las espaldas; pero él no se dió por convencido, ántes le respondió, que así como en el asalto de México habia de ser el primero que pusiese los pies dentro de sus

muros, queria ir siempre delante, para dar exemplo á los demas: y se halló Sandoval obligado á quedarse con él, para dar estimacion á la retaguardia. Notable punto de vanidad, y uno de aquellos que suelen producir graves inconvenientes en los exércitos: porque la primera obligacion del soldado es la obediencia: y bien entendido el valor, tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dexarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el exército en su primera ordenanza por la tierra enemiga: y aunque los Mexicanos se dexaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hizose alto poco ántes de llegar á Tezcúco por complacer á Chechimecál, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas: y ordenó lo mismo á sus Cabos, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion se debia tratar como fiesta entre los soldados. Exterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad, con el Rey de Tezcúco y todos sus Capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, mar-

chando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herrage, y demas géneros con distincion en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el exército de ver puesta en salvamento aquella prevencion tan necesaria para tomar de veras la empresa de México que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al Cielo, que premiaba su piedad y su intencion con esperanza, ó poco ménos que certidumbre de la victoria.

Trató luego Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas, y demas oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés que segun el informe de los maestros, serian menester mas de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera: observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de México, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á á sus Capitanes, y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á executarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcúco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallabale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba

se conoce la estimacion que hacia de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los Capitanes, y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecál, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: " Que los hombres " como él, nacidos para la guerra, se hallaban " mal en el ocio de los quarteles, particularmente " quando se habian pasado cinco dias sin ocasion " de sacar la espada: y que su gente venia de re- " fresco, y deseaba dexarse ver de los enemigos: " á cuya instancia, y la de su propio ardimiento, " le suplicaba encarecidamente que le señaláse " luego alguna faccion en que pudiese manifestar " sus brios, y entreternerse con los Mexicanos " mientras llegaba el caso de acabar con ellos en " el asalto de su ciudad." Pensaba Hernan Cortes llevarle consigo; pero no le agradó aquella jactancia intempestiva: y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía: " Que no solamente le tenia prevenida " faccion de importancia en que pudiese dar al- " gun alivio á su bizarría; pero estaba en ánimo " de acompañarle para ser testigo de sus hazañas." Cansabase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dexó de conocer que aquellos

arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles propios de su edad, y vicio freqüente de soldados bisoños, que salieron bien de las primeras ocasiones, y á pocas experiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía, y la valentía como profesion.

CAPITULO XV.

Marcha Hernan Cortés a Yaltocán, donde halla resistencia: y vencida esta dificultad, pasa con su exército á Tacúba: y despues de romper á los Mexicanos en diferentes combates, resuelve, y executa su retirada.

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocán, lugar situado á cinco leguas de Tezcúco en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores, porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias ántes, respondieron con gran desacato, hiriendo y maltratando á los Mensageros: escarmiento en que iba considerada la conseqüencia para las demas poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortés á esta expedicion despues de oir Misa con todos los Españoles, dando su particular instruccion á

Gonzalo de Sandoval y sus amigables advertencias al Rey de Tezcúco, á Xicotencál, y á los demas Cabos de las naciones que dexaba en la ciudad. Llevó consigo á los Capitanes Pedro de Alvarado y Christoval de Olid, con doscientos y cincuenta Españoles, y veinte caballos, una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcúco, y á Chechimecál con sus quince mil Tlascaltécas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencál; y habiendo caminado poco mas de quatro leguas, se descubrió un exército de Mexicanos puesto en batalla, y dividido en grandes esquadrones, con resolucion, al parecer, de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el exército, fuesen rotos y deshechos los enemigos, con tanta brevedad, que apénas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los mas á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocán, dexando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luego á Tezcúco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el exército á ocupar unas caserías cercanas donde se pasó la noche sin novedad: y á la mañana se halló mayor que se creía la dificultad

de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se communicaba con la tierra por una calzada, ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los Mexicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso ménos que imposible, ó posible solo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés, con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo: y quando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le reduxeron á que no era posible dexar el empeño sin desayre conocido.

Trataban ya de facilitar el paso con tierra y fagína, quando uno de los Indios que vinieron de Tezcúco, le dixo, que poco mas adelante habia una eminencia, donde apénas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiáse, y movió su gente hasta el parage señalado. Hizose luego la experiencia, y se halló mas agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta Españoles, con el número de Indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se

habia descubierto: y se quedó á la lengua del agua con el exército puesto en batalla para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los Mexicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir, y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos, y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad, que dexó descubierto la inundacion: y apénas salieron á tierra las bocas de fuego que iban delante, quando se retiraron los enemigos al lugar: y en el breve tiempo que tardó en afirmar los pies el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fué corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo: porque solo se halló en las casas lo que no pudieron retirar; pero todavia se transportaron al exército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas, y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los Capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores: y así, esperando lo que pareció bastante para man-

tener la faccion, repasaron el foso por el mismo parage, dexando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edificios de los mas principales. Resolucion que aprobó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demas lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el exército cerca de Colbatitlán, villa considerable, que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo termino se dexaron ver los Mexicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en Tenayúca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera, y de gran poblacion, que se hallaron tambien despues en Escapuzalco. En ambos se hizo noche: y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender que solo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco mas de media legua la ciudad de Tacúba, émula de Tezcúco en la grandeza y en la vecindad, situada en los extremos de la calzada principal, donde padecieron tanto los Españoles, y puesto de mucha consideracion, por ser el mas vecino á México entre los lugares de la laguna, y llave del camino, que necesariamente se habia de penetrar para el sitio, de aquella

corte. Pero no se iba entónces con ánimo de ocuparle, por quedar algo distante para recibir los socorros de Tezcúco; sino á reconocerle, y considerar desde mas cerca lo que se debia prevenir ó rezelar: castigando en el Cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento sería tambien de conseqüencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuése acercando el exército, prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad: y poco ántes de llegar, se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mexicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad: los quales, no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantaronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus esquadrones, y acometieron con tanta ferocidad, y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces (que siempre los espantaban mas que los ofendian) y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del exército para que, rota la vanguardia, penetráse á lo interior de la múltitud, obligándolos á resistir como podian desunidos y turbados: cuya obstinacion

dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las espaldas, retirándose los mas á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana, se dexó ver el exército enemigo en el mismo parage, con ánimo de volver á las armas para emendar el desayre padecido: y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los Españoles, y alguna parte de los Indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que, acercándose la noche, retiró su gente al mismo parage donde tuvo ántes su alojamiento: concediendo á los soldados que llevó consigo el saco de las casas que se habian ocupado, y dexándolas entregadas al fuego, por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y executar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tacúba, manteniendo aquel puesto, donde le bus-

caba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza: y conociendo ya en su floxedad la falta de gente, llegó el caso de mover el exército para el asalto. Pero al tomar los puestos, y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de Méxicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tacúba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos quando acabasen de salir á tierra, y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mexicanos traian órden (y dicen que fué arbitrio de su mismo Emperador Guatimozín) para echar delante alguna gente que, dexándose cargar, cebáse á los Españoles en el alcance, y los procuráse introducir en la calzada: lo qual executaron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dexó parte de su exército para que le guardáse las espaldas contra la gente de Tacúba, y marchó á la calzada, snponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad; pero los que habian salido á tierra, sin aguardar la

carga, huyeron á incorporarse con los demas, y todos se fueron retirando, al parecer, temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los Españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dexándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion; porque no estaba lejos el suceso de Iztapalápa, ni podia ignorar que aquellos Indios tenian sus fugas artificiosas con que solian llamar á sus zeladas; pero la repeticion de sus victorias (peligro algunas veces de los vencedores) no le dexó distinguir entónces aquellas circunstancias en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Repararonse los enemigos, y empezaron á pelear quando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada: y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de México innumerables canoas, que ciñeron por ambas partes la calzáda; con que se hallaron brevemente los Españoles combatidos por la vanguardia, y por los dos costados: y conociendo, aunque tarde, su inadvertencia, fué necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas Españolas que adquirieron la

noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera: porque, al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago, de un bote de pica, el Alferez Juan Volante: y abatiéndose á la presa los indios que se hallaron mas cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su Rey. Dexóse conducir, fingiéndose rendido, y al verse algo distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado su bandera con igual dicha que valor.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dexando bastantemente vengado el ardid con que llamaron á la calzada; porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que sería temeridad volver al empeño de Tacúba con aquella nueva oposicion de los Mexicanos, que todavia se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcúco; y con parecer de sus Capitanes, lo puso luego en execucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del exército los animó á seguir desde lejos: contentándose con dar

al viento grandes alaridos, á cuya inútil fatiga se reduxo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mexicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel parage, que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro Historiador, fué de tanta conseqüencia para el intento principal, que apénas llegó Hernan Cortés á Tezcúco, quando vinieron rendidos á dar la obediencia, y ofrecer sus tropas militares los Caciques de Tucapán, Mascalzíngo, Autlán, y otros pueblos de la ribera septentrional. Bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

CAPITULO XVI.

Viene á Tezcúco nuevo socorro de Españoles. Sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco; rompe dos veces á los Mexicanos en campaña: y gana por fuerza de armas á Guastepéque, y á Capistlán.

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del Cielo esta Conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano tan medidos con la necesidad, y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera Cruz un navio de mas que mediano porte, que venia dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de Tesorero por el Rey, Fray Pedro Melgarejo de Urrea, Religioso de la Orden de San Francisco, natural de Sevilla, Antonio de Caravajal, Gerónimo Ruiz de la Mota, Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luego á Tlascála con las municiones sobre hombros de Indios Zem-

poales, y allí se les dió comboy que los encaminàse á Tezcúco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice que vino de Castilla este baxel: y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quien le remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla encaminado á Cortés sin traer cartas de su Padre y de sus Procuradores: particularmente quando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias, cuya noticia, segun estos Autores, recibió mucho despues. Con ménos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la Isla de Santo Domingo, á cuyos Gobernadores (como se dixo en su lugar) se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortés: y no es argumento de que se induce lo contrario el venir Tesorero del Rey; pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su Magestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese, no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dexó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia que, no siendo impropia en su valor

natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos Mensageros en diligencia, despachados á Cortés por los Caciques de Chalco y Thamanálco, pidiéndole socorro contra un exército del enemigo que se quedaba previniendo en México, para sujetar los lugares de su distrito que se conservaban en la devocion de los Españoles. Tenia Guatimozín ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelabase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos: y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascála, y cortar los socorros de la Vera Cruz. Punto de tanta conseqüencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados: sobre cuya fé se mantenia libre de Mexicanos el paso de que mas necesitaba. Despachó luego con este socorro á Gonzalo de Sandoval, con trescientos Españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascála y Tezcúco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Executóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia; con que llegó á tiempo el socorro: y los Caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó

Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo, que se alojó la noche ántes en Guastepéque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegáse á penetrar los términos de Chalco. Pero los Mexicanos con bastante satisfaccion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado Españoles en defensa de los Chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas, ó quiebras del camino, para esperar en parage donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer: y fué necesaria todo la resolucion de Gonzalo de Sandoval, y toda el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos: faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida; porque murió peleando valerosamente un soldado Español, que se llamaba Juan Dominguez, sugeto que mereció la estimacion del exército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los Mexicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano: y Gonzalo de Sandoval (vencido con poca detencion el impedimento del camino) volvió á cerrar con ellos tan executivamente, que los tuvo rotos y deshechos ántes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion, y pudiera llamarse batalla este combate, si durára un poco mas su

resistencia; pero desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcance, que se mandó seguir con toda execucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto, para dar algun tiempo al descanso del exército, con ánimo de pasar ántes de la noche á Guastepéque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apénas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente, de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, quando los batidores, que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron, tocando arma tan vivamente, que fué necesario apresurar la formacion del exército. Venia marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil Mexicanos, y tan cerca, que tardaron poco en dexarse percibir sus timbales y bocinas. Tuvieronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante: porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los Españoles se adelantaron á recibirlas, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas, pudieron cerrar sin riesgo los caballos, y acometer los demas, como solian, executando á los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espal-

das, recogiéndose de tropel á Guastepéque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los Españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él, se hallaron dentro de la poblacion: cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el exército, se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar, echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos, porque fué porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados, que se halló á breve rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que, resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en el la noche, tuvieron cubierto los Españoles, y mucha parte de los aliados: hizose mas festiva la victoria con la permision del pillage, concedida solamente para las cosas de precio, que no fuesen carga, ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el Cacique, y algunos de los vecinos mas principales que dieron la obediencia, disculpándose con la opresion de los Mexicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los Españoles: y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus Capitanes, la re-

tirada. Pero los Chalqueses, que tenian mas adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlán todos los Mexicanos de las rotas antecedentes : y le protestaron que sería el retirarse lo mismo que dexar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos ántes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlán dos leguas de Guastepéque hácia la parte de México, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas eminente de una sierra, difícil de penetrar, con un rio á la otra banda, que, baxando rapidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse, quando llegó el exército puesto en defensa : porque los Mexicanos que le habian ocupado, tenian coronada la cumbre, y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, ménos para herir, que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dexar sin rezelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad: y viendo que solo se descubrian tres caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascála que pasasen á la vanguardia, y empezasen á subir la cuesta, como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que so-

lian: confesando, con lo mal que se disponian, que rezelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto, que Gonzalo de Sandoval (no sin alguna impaciencia de su detencion) se arrojó al peligro con sus Españoles: cuya resoluciou dió tanto aliento á los Tlascaltécas y Chalqueses, que, conociendo, á vista del exemplo, la disonancia de su temor, cerraron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los Españoles, y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dexaban caer de lo alto, herian mas que los dardos y las flechas; pero las bocas de fuego, y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas: y durando en los agresores el valor, á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraer á la poblacion, tan descaecidos, que apénas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta floxedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron; y fué tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que (segun lo hallamos referido afirmativamente) corrieron al rio por un rato arroyos de sangre Mexicana, tan abundantes, que baxando sedientos los Españoles á buscar su corriente, fué

necesario que aguardáse la sed, ó se compusiese con el horror del refrigerio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra, que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos Españoles; entre los quales fueron de mas nombre, ó merecieron ser nombrados Andres de Tapia, y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron mas: porque tuvo grande dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó quatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los Mexicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcúco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligáse á desnudar la espada.

Apénas se tuvo en México noticia de su retirada, quando aquel Emperador envió nuevo exército contra la provincia de Chalco, bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascála. Supieron los Chalqueses la nueva invasion de los Mexicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban, y las que pudieron adquirir de su confede-

racion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo, y en la disposicion de la gente. Buscaronse los dos exércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fué reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco; y aunque perdieron mucha gente, hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña; cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcúco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí, entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon: siendo en aquellos ánimos de grande conseqüencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los Españoles el secreto de que sabian huir los Mexicanos.

CAPITULO XVII.

Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchímilco, y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos, que halló fortificados en las sierras de Guastepéque.

QUISIERA Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchímilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepéque: porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz, que se daba la mano con las principales de México. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia. Resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascála, dando calor á los Chalqueses, que, al parecer, no estaban seguros de nuevas invasiones. Executóse luego esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, Andres de Tapia, y Julian de Alderete, con

trescientos Españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcúco y Tlascála que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al Cacique de Chalco, y á las demas naciones amigas de aquel parage.

Dexó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al Cacique Don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia : y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á mas briosa ocupacion, tenia entendimiento para conocer que merecia mas obedeciendo.

Eran los cinco de Abril de mil y quinientos y veinte y uno quando salió Hernan Cortés de Tezcúco : y hallando el camino sin rumor de Mexicanos, marchó en tanta diligencia, que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los Caciques amigos, porque no esperaban el socorro de los Españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchímilco nuevo exército de los Mexicanos, que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento, iguales al conflicto en que se hallaban, arrojarse á los pies de los Españoles, y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dexándolos en la

inteligencia de que venia solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido: y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria·

Tenian estos Caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del pais enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del exército enemigo: y por este medio se averiguó que los Mexicanos (con noticia ya de que iban Españoles al socorro de Chalco) habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes, que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion, ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retiráse Cortés, para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia mas probable, aguardar el exército, donde militaban de su parte las ventajas del sitio: y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones, por no perder tiempo en el viage de Suchímilco.

Marchó con esta resolucion el exército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa, y de buena calidad, que dió cuerpo al exército, y aliento á las demas naciones que se acercaban al paso

estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dexaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes, que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dexaronse ver en una y otra cumbre algunos Mexicanos que venian á provocar desde lejos: y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvio de las sierras, para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el exército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo mas eminente una gran fortaleza, cuyo parage tenian ocupado los enemigos, con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto ménos ventajoso. Era su intento irritar á los Españoles, para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia, y en la resistencia del camino.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion, ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para snfrir las injurias con que acusaban de cobardes á los Españoles: y dexándose llevar de la cólera (que pocas veces aconseja lo mejor) acercó el exército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda ménos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y

ballestas á cargo del Capitan Pedro de Barba, en cuya compañía subieron algunos soldados particulares que se ofrecieron á la faccion, y nuestro Bernal Diaz del Castillo, que, teniendo asentado el credito de su valor, era continuo pretendiente de las dificultades.

Retiraronse los Mexicanos quando empezaron á subir los Españoles, fingiendo alguna turbacion, para dexarlos empeñar en lo mas agrio de la cuesta: y quando llegó el caso, volvieron á salir con mayores gritos, dexando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras, y peñascos enteros que barrian el camino, llevándose tras sí quanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga, y fuera mayor si el Alferez Christoval del Corral, y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisaran á los demas que hiciesen alto, y se apartasen de la senda; porque ya no era posible pasar adelante, sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto: y no sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo executaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion quatro Españoles: baxó maltratado el Capitan Pedro de Barba: y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior, como inadvertencia suya, y para los

otros, como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Trató luego de adelantarse con algunos de sus Capitanes á buscar senda ménos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida, y la conveniencia de no proseguir su viage, dexando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en execucion esta diligencia: porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada, que le puso mas cerca la ocasion de venir á las manos. Baxaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia, quando viesen el exército mas empeñado en lo pendiente de la cuesta: y tenian avisados á los de arriba para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia. Notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce quanto enseña la malicia y el odio en estos magisterios de la guerra.

Movió su exército Hernan Cortés, con apariencias de seguir su marcha: y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos, quando, á su parecer, los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fué poco el daño que recibieron: y reconociéndose al mismo tiempo que, algo mas adelante, salian

huyendo al camino de Guastepéque, avanzó la caballería en su alcance, y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los Mexicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza, y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra: con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dexarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino, sin mas ofensa que la importunacion de las voces; hasta que se halló cosa de legua y media mas adelante) otra fortaleza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla: y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche, y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exâmen.

Alojó su exército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado, y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad, porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed, bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia: y Hernan Cortés, ordenando que le siguiese puesto en órden el exército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los Mexicanos: y la halló mas inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol, descubierto á las ofensas de la cumbre; pero re-

parando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los Capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba, y al Tesorero Julian de Alderete que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego, para embarazar las defensas de la otra cumbre; lo qual se puso luego en execucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion, que se daba la mano con la misma fortaleza: cuya novedad se conoció abaxo en la intermision de las voces; y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los Mexicanos abandonaban su fortaleza, y se iban desviando á lo interior de la tierra: con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de conseqüencia, faltando el enemigo que le defendia.

Pero ántes de volver á la marcha, se descubrieron en lo alto algunas mugeres que clamaban por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento, que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta baxó luego el Cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia, no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que dexaba en el camino, la qual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento

con despejo de hombre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mexicanos: y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque le parecieron verisímiles, ó porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el Cacique como disfavor que pasáse por su distrito el exército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle, fué necesario que subiesen con él dos compañías de Españoles á tomar por el Rey aquel genero de posesion que se practicaba entónces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el exército á Guastepéque, lugar populoso, que dexó pacificado Gonzalo de Sandoval: y se halló tan poblado y bastecido como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los Mexicanos.

Salió el Cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia, y con el alojamiento que tenia prevenido en su palacio para los Españoles, y dentro de la poblacion para los Cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demas con los vívres que hubiesen menester; y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Era el palacio un edificio tan suntuoso, que pudiera competir con los de Motezuma, y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los

Españoles con bastante desahogo. Por la mañana los llevó á ver una huerta que tenia para su divertimiento (nada inferior á la que se halló en Iztapalápa) cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entónces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud mas de media legua, y poco ménos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaban con regular distribucion quantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques, donde se recogian las aguas de los montes vecinos, y algunos espacios á manera de jardines, que ocupaban las flores y hierbas medicinales, puestas en diferentes quadros de mejor cultura y proporcion. Obra de hombre poderoso, con genio de agricultor, que ponia todo su estudio en aliñar con los adornos del arte la hermosura de la naturaleza,

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad: y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlaváca, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido mas que debiera. Propia condicion del cuidado, divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

CAPITULO XIV.

Pasa el exército á Quatlawáca, donde se rompió de nuevo á los Mexicanos; y despues á Suchímilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

Era Quatlaváca lugar populoso, y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion, y de tránsito á los arroyos que baxaban de la sierra. Llegó el exército á este parage, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los Mexicanos cortadas las puentes de la entrada, y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su exército en distancia conveniente; y entretanto que los Españoles con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas procuraban entretener al enemigo con freqüentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra: y hallándola poco mas abaxo considerablemente mas estrecha, discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres

puentes de árboles enteros, cortados por el pie, los quales se dexaron caer á la otra orilla; y unidos lo mejor que fué posible, dieron bastante, aunque peligroso camino á la infantería. Pasaron luego los Españoles de la vanguardia, quedando los Tlascaltécas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un esquadron del foso adentro, que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los Mexicanos en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido: y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortés, Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, que habiéndose alargado, mientras pasaba el exército, á buscar entrada para los caballos, la encontraron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los Españoles.

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas: y lo consiguieron, asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices, descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguieronle algunos Españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de Indios, llegando unos y

otros á incorporarse con los caballos, al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los Mexicanos, reconociendo el golpe que los amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos, y derramándose á varias partes, trataron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente así en la defensa del foso, como en la turbacion de la fuga; y los demas se pusieron en salvo, sin recibir mayor daño, porque los precipicios y asperezas del terreno frustraron la execucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos, y algun despojo; en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llámaron desde la campaña el Cacique y los principales de la poblacion, que venian á rendirse, pidiendo (con el foso delante) seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes: y fueron de servicio, mas para tomar noticias del enemigo y de la tierra, que porque se necesitáse ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas, porque la cercanía de México los tenia en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el exército la vuelta de Suchímilco, poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad sobre la ribera de una laguna dulce, que se communicaba con el

lago mayor: cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo mas dentro del agua, donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto, por estar quatro leguas de México; pero fué trabajosa la marcha: porque, despues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra esteril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el exercicio, y con el calor del sol: cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echában á perder la sombra que hacian.

Hallaronse cerca del camino algunas estancias, ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchímilco, edificadas á la grangería, ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el exército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dexólas el enemigo abandonadas, para esperar á los Españoles en puesto de mayor seguridad: y Hernan Cortés marchó al amanecer, puesta en órden su gente, llevando entendido que no sería fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los Mexicanos dexasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchímilco, lugar de tanta conseqüencia, y tan avanzado: particularmente quando iban cargados hácia el mismo parage todos los fugitivos de los reencuentros pasados. Lo qual se verificó brevemente, porque los enemigos (cuyo número pudo ser verdadero, pero

se omite por inverisímil) tenian formados sus esquadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso, que baxaba rapidamente á descansar en la laguna, cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dexaron de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagína, suponiendo que, si la perdiesen, quedarian con el paso estrecho de su parte para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera: y entretanto que se peleaba con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los Españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras, como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion: cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga, solicitada ya por los Capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ri-

bera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascála y Tezcúco, y rompiendoá nado la corriente, se anticiparon á unirse con el exército. Esperaban ya los enemigos puestos en órden cerca de la muralla; pero al primer avance de los Españoles empezaron á retroceder, provocando siempre con las voces, y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan executivamente, que, al primer choque, se reconoció quan cerca estaban del miedo las afectaciones del valor. Fueronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente: y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas, y á las provocaciones.

Dexó Hernan Costés parte de su exército en la campaña, para cubrir la retirada, y embarazar las invasiones de afuera: y entró con el resto á proseguir el alcance; para cuyo efecto, señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada: porque se arrojó entre la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes, quando quiso volver al socorro de los suyos. Man-

tuvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dexándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse: porque se abalanzaron á él los que se hallaron mas cerca, y ántes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco ménos que rendido; siendo entónces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mexicanos en llevarle vivo á su Príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor, que se llamaba Christoval de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su General, convocó algunos Tlascaltécas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo, y tan bien asistido de los que le seguian, que, dando la muerte por sus manos á los que mas inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua, quedaron por los Españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Christoval de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un Tlascaltéca, de quien ni ántes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia: y dexa el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal Diaz del

Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Christoval de Olea: y los de su linage (dexando á Dios lo que le toca) tendrán alguna disculpa si dieren mas credito á lo que fué, que á lo que se presumió.

No estuvo, entretanto que se peleaba en la ciudad, sin exercicio el trozo que se dexó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia: porque los nobles de México hicieron un esfuerzo extraordinario para reforzar la guarnicion de Suchímilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su Príncipe Guatemozín: y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente parage, con noticia de que los Españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas; pero fueron descubiertos, y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dexando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian Capitanes de reputacion: y fué tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres Cabos, y número considerable de soldados Españoles y Tlascaltécas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra: y poniendo suficiente guardia

en los surgideros por donde se communicaban los barrios, trató de alojar su exército en unos grandes patios cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla bastante á resistir las armas de los Mexicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente, y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio; y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta Españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, así del agua como de la tierra, con un Cabo que atendiese á mudar las centinelas, y cuidáse de su vigilancia. Prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde, baxó noticia de que se habian descubierto á la parte de México mas de dos mil canoas reforzadas, que se venian acercando á todo remo: con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros: y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fué á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, eligiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dexando buena parte de su exército á la defensa de su alojamiento. Dieronse vista los

dos exércitos, y fué de los Mexicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demas con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

Quatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchímilco, para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos: porque la vecindad facilitaba los socorros de México; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el rezelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en execucion como estaba resuelta, sin que cesáse la persecucion de los enemigos: porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha: cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida: reconocer á Suchímilco, puesto de conseqüencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de México. Pero en lo interior venia desazonado y melancólico de haber

perdido en esta jornada nueve ó diez Españoles: porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó quatro en Suchímilco, que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada, por haberse apartado inadvertidamente del exército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos, cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, quando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion; pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion, trataba solo de prevenir las quejas del valor, dexando para despues los remordimientos de la prudencia.

CAPITULO XIX.

Remédiase con el castigo de un soldado Español la conjuracion de algunos Españoles que intentaron matar á Hernan Cortés : y con la muerte de Xicotencal, un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltécas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demas prevenciones que parecian necesarias. Hizose abundante provision de armas para los Indios. Registraronse los almacenes de las municiones : requiriόse la artillería : dióse aviso á los Caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas : y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interes de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolixidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traia la imaginacion ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en exercicio su valor, y dexó desagraviada su cordura. Dixole un Español de los antiguos en el exército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente: y conseguida su audiencia como la pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto en el tiempo de su ausencia contra su vida, y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular, que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamabase Antonio de Villafaña: y fué su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él, y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella Conquista, repitiendo, que no querian perderse por su temeridad, y hablando en escapar á la Isla de Cuba, como en negocio de fácil execucion, segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntaronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascála con alguna órden supuesta de su General, tropezaban luego en el inconveniente de tocar en la Vera

Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo, ni excusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallabanse atajados, y volvian al tema de su retirada, sin eligir el camino de conseguirla: firmes en la resolucion, y poco atentos al desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Vallafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurir á todo matando á Cortés, y á sus principales consejeros, para elegir otro General á su modo, ménos empeñado en la empresa de México, y mas fácil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velazquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del Rey. Aprobaron todos el arbitrio: y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luego un papel, en que firmaron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado: y se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable, y se pudo temer que llegáse á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera Cruz, con cartas de Castilla, y darsele á Cortés

quando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretexto de la novedad: y quando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle á puñaladas, y executar lo mismo en los que se hallasen con él: juntándose despues para salir á correr las calles, apellidando libertad: movimiento, á su parecer, bastante para que se declaráse por ellos todo el exército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demas que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Christoval de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andres de Tapia, los dos Alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo, y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por Capitan General del exército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velazquez, les parecia el mas fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su pártido; pero temiendo su condicion pundonorosa, y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que, una vez executado el delito, se halláse necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta substancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad, por hallarse comprehendido en la sedi-

cion: y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse, ó el obscurecerse la verdad. No pedia ménos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á executar la prision de Villafaña, llevando consigo á los Alcaldes ordinarios, con algunos de sus Capitanes, y le halló en su posada, con tres ó quatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion: y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos, con pretexto de hacer algun exâmen secreto: y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado, con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo: y se retiró, dexando su instruccion á los Ministros de justicia, para que se fulmináse la causa con toda la brevedad que fuese posible, sin hacer diligencia que tocáse á los cómplices: en que hubo pocos lances; porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito: con que se fueron estrechando los términos, segun el estílo mili-

tar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la qual se executó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de Christiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento: con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demas el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados Españoles en el principio de su empresa: y para excusar el castigo de los culpados, sin desayre del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que, á su parecer, tendria los nombres, ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus Capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traia en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes: y añadió: "Que tenia por felicidad suya el ignorar "si habia tomado cuerpo el delito con la inclu- "sion de algunos cómplices; aunque la diligen- "cia que logró Villafaña para ocultar un papel "que traia en el pecho, no le dexaba dudar que

" los habia; pero que no queria conocerlos; y
" solo pedia encarecidamenie á sus amigos que
" procurasen inquirir, si corria entre los Españo-
" les alguna queja de su proceder que necesitáse
" de su emienda; porque deseaba en todo la
" mayor satisfaccion de los soldados, y estaba
" pronto á corregir sus defectos, así como sa-
" bria volver al rigor y á la justicia, si la mode-
" racion del castigo se hiciese tibieza del escar-
" miento."

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña, y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito: y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad, para desmentir los indicios de la culpa.

Fué importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas, para no perder aquellos Españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos. ¡ Primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á ménos cordura el exceder en la confianza, que suele adormecer el cuidado, á fin de provocar el peligro, nombró entónces compañía de su guardia, para que asistiesen doce soldados con un Cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion

ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco Españoles con un Capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los Capitanes fueron, Pedro de Barbá, natural de Sevilla: Garcia de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, Aragonés: Francisco Rodriguez Magarino, de Merida: Christoval Flores, de Valencia de Don Juan: Antonio de Caravajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los quales se embarcaron luego, cada uno á la defensa de su baxel, y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus Capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, sin alargarse á la de Suchímilco, por excusar la desunion de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir ménos dificultosamente sus órdenes. Para cuyo efecto dividió el exército en

que le seguian contra su dictámen, los quales se volvieron luego al exército, quedando el cadáver pendiente de un arbol.

Así lo refiere Bernal Diaz del Castillo; aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcúco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad. Lectura, que parece ménos semejante á la verdad; porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta execucion con tanto número de Tlascaltécas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos Españoles que salieron al camino, en que hallamos algo ménos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada, y tan sobre lo posible de los sucesos, que tenia prevenido este lance, de suerte que ni los Tlascaltécas del exército, ni la república de Tlascála, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte: porque sabiendo algunos dias ántes, que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de México entre los de su nacion, participó á Tlascála esta noticia, para que le llamasen á su tierra con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autori-

dad para corregir semejante desórden: y el Senado, en que asistió su padre, le respondió, que aquel delito de amotinar los exércitos era digno de muerte, segun los estatutos de la república, y que así podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo executarian si volviese á Tlascála, no solo con él, sino con todos los que le acompañasen; cuya permision facilitaria mucho entónces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la execucion fuera de Tezcúco, segun lo refiere Bernal Diaz: porque no dexaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, ó referirles el hecho despues de sucedido: siendo máxima evidente, que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, así como pueden ménos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPITULO XX.

Echanse al agua los bergantines, y dividido el exército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas Mexicanas.

No se dexaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Dixose ántes una Misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés con todos sus Españoles. Bendixo el Sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico: y entretanto que se introducian los adherentes, que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las xarcias y velas, pasaron muestra en esquadron los Españoles, cuyo exército constaba entónces de novecientos hombres: los ciento y noventa y quatro entre arcabuces y ballestas; los demas, de espada, rodela y lanza,

poco advertida en nuestro sentir, porque dexa increible lo que procura encarecer, quando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Christoval de Olid y Gonzalo de Sandoval, que se habian de apartar en Tacúba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna: porque los vecinos, que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de México, y los demas se ampararon de los montes, con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas Mexicanas á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos del agua, que baxaban de las sierras de Chapultepeque. Prevencion cuidadosa de Guatimozín, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales, de que se proveían todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Descubrianse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa: y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos Capitanes salieron de Tacúba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto: y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones, con que baxó la cor-

rendidos, quando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneres.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mexicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines: y quando se disponian para tomar el rumbo de Iztapalápa, fué preciso discurrir en nuevo accidente: porque se dexaron ver á la parte de México algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demas: y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, juzgó que pasarian de quatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que, al juicio de los ojos, venia como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna, para dilatar la frente, y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mexicanos, para darles á entender que admitia la batalla: y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros; porque la calma de aquel dia dexaba

dexarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztapalápa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que, por estar dentro del agua, eran continuo receptáculo de las canoas Mexicanas. Pero al tomar la vuelta, descubrió, á poca distancia de la ciudad, una isleta, ó montecillo de peñascos, que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad, que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocándolos con injurias y amenazas desde aquel puesto, donde, á su parecer, estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dexar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus Capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre; y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos, y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados: y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron, por no ensangrentar la espada en los

rendidos, quando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneres.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mexicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines: y quando se disponian para tomar el rumbo de Iztapalápa, fué preciso discurrir en nuevo accidente: porque se dexaron ver á la parte de México algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demas: y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, juzgó que pasarian de quatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que, al juicio de los ojos, venia como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna, para dilatar la frente, y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mexicanos, para darles á entender que admitia la batalla: y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros; porque la calma de aquel dia dexaba

todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detuvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable Providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entónces que se levantáse de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dexarse caer sobre las embarcaciones Mexicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí quanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse: y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique, sin rezelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demas fué todo confusion, y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente, quedó rota y deshecha su armada: cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fué de grande conseqüencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el credito de incontrastables, que adquirieron este dia los

bergantines, y por lo que desanimó á los Mexicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas; no por las que perdieron entónces (número limitado, respecto de las que tenian de reserva) sino porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna: y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso, que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mexicanos que coronaban sus torres y azuteas á la expectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para testigos de su hazaña. Complacencias de vencedores, que suelen comprehender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

CAPITULO XXI.

Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su exército en las tres calzadas de Cuyoacán, Iztapalápa y Tacúba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines: dexa quatro á Gonzalo de Sandoval, quatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacán con los cinco restantes.

Eligió parage cerca de Tezcúco donde pasar la noche, y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, quando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztapalápa, se descubrió un grueso considerable de canoas, que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacán: con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fué posible dar alcance á la flota enemiga; pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Christoval de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los Mexicanos quanto

pudiera el arte de la guerra, para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna: y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda, para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dexaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los Españoles: y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto que pasaban de mano en mano las faginas para cegar el foso: y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenia ganado Christoval de Olid el primer foso quando llegaron las canoas enemigas: pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería. Y porque no dexaban de pelear las que, á su parecer, estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia, para dar paso á tres ó quatro bergantines: de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas: y

los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche sin desamparar el avance de la calzada: y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente, que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño: y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba Chritoval de Olid en Cegar el foso, y romper las fortificaciones de la calzada. Lo qual executado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercaronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fué valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdieron alguna tierra: y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta Españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de

México, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luego con otra dificultad; porque los Mexicanos que iban huyendo, habian ocupado un adoratorio poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca exterior, se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los Españoles con la voz tan entera como si acabáran de vencer; y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó quátro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro: y brevemente fué necesario baxar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel parage, porque los que peleaban desde las azuteas y ventanas, se movieron al paso que los demas; con que avanzó el exército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fué grande la pérdida de gente que hicieron este dia los Mexicanos. Entregaronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso: y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su exército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto, para estrechar el sitio, y

tener adelantado el quartel de Cuyoacán. Pensamiento que participó á sus Capitanes, con los motivos que le dictaba entónces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: "Que no sabiendo el estado en que tenian sus entradas Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, sería temeridad exponerse á perder el paso de la calzada, y con él la esperanza de los viveres y municiones de que necesitaban para conservarse. Que su conduccion no se debia fiar de los bergantines: porque no cabiendo en las acequias de aquel parage, necesitarian de hacer su desembarco en bastante distancia, para que no fuese posible recibirlos ni transportarlos sin disponerse á una batalla para cada socorro. Que los trozos del exército debian caminar á un mismo paso en sus ataques, para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la mano hasta en el tiempo de aquartelarse dentro de la ciudad. Y finalmente, que las disposiciones resueltas con parecer de todos los Cabos sobre la forma de gobernar el sitio de México, no se debian alterar sin madura consideracion, ni entrar en aquel empeño voluntario sin mas causa que dar sobrado credito á la victoria de aquel dia; no siendo totalmente seguras las conseqüencias de los buenos sucesos, que, á manera de lisonjas, solian muchas veces engañar la cordura, deleytando la imaginacion." Conoció Hernan Cortés que le

aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes, para enamorarse de la razon: y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacán, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines, con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztapalápa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado los edificios de la tierra, y alojado su exército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de México, que intentaron atacarle por tierra: y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla, para mejorarse y desviar las ofensas de su quartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á executarlo con parte de su gente; pero apénas lo consiguió, quando avanzaron las canoas que tenian puestas en zelada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada: por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba quando llegó Hernan Cortés; y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de México, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que así por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desórden, que, cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demas vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mexicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas: y reconociéndose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros, y bastante despojo; no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia experimentado Gonzalo de Sandoval en Iztapalápa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas Mexicanas, arruinando la media ciudad; (detencion que sería dañosa para el estado que tenian las demas entradas) y determinó que se desampar ase por entónces aquel puesto, y pasáse Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de

Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques, pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que (segun los avisos antecedentes) introducia por aquel parage los víveres de que ya necesitaba. Executóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo quartel: y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tacúba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado; con que tuvo ménos que vencer para dar principio á sus entradas. Executó algunas con varios sucesos, batiendo reparos, y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Christoval de Olid: y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de México, le habian muerto, quando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles, pérdida en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de México á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasáse de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso. El camino de las calzadas tenia suma difi-

cultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mexicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines: y uno y otro pedia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entónces que cesasen las entradas hasta otra órden, y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna: para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas; con las quales, y con las que vinieron de Tezcúco y Chalco, se juntó un grueso, que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos: y formando su guarnicion de aquellos Indios que sabian manejarlas, nombró Capitanes de su Nacion que las gobernasen por esquadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió quatro á Gonzalo de Sandoval, quatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el Maestre de Campo Christoval de Olid.

Repitieronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que mas embarazaban: y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna, y corriesen el distrito de las tres calzadas, para impedir los socorros de

lá ciudad: por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua; y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Christoval de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos, ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques: con lo qual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas: concibió el exército nuevas esperanzas; y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud, semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

CAPITULO XXII.

Sirvense de Varios Ardides los Mexicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines, y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Guyoacán.

Fué notable, y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los Mexicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas, y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra: y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas; y no fué menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los Españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid, que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio mas repa-

rable, porque supieron obrar contra su costumbre quando lo pedia la ocasion, y hacian de noche algunas salidas, solo á fin de inquietar los quarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer, buscándolos desunidos: á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas con gruesos tablones, para recibir la carga, y pelear ménos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales, ó bosques de cañas palustres, que producia por algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines, que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad: y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó quatro canoas de bastimentos, que sirviesen de gruesas estacas, las quales fixaron debaxo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer. Prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre, y son como

enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Salieron el dia siguiente á correr aquel parage dos bergantines de los quatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su quartel, á cargo de los Capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo: y apénas los descubrió el enemigo, quando echó por otra parte sus conoas, para que dexándose ver á lo largo, fingiesen la fuga, y se retirasen al bosque: lo qual executaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que ni podian retroceder, ni pasar adelante.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los Españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entretanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron, ó apartaron aquellos estorvos en que zabordaban los buques: cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta, y jugar su artillería, dando al través con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema,

de los Mexicanos; pero salieron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los Españoles. Murió peleando el Capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso: y el Capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió tambien dentro de tres dias. Pérdidas ambas que sintió Hernan Cortés con notables demostraciones, y particularmente la de Pedro de Barba; porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso, sin achaques de valiente: y cuerdo, sin tibiezas de reportado.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso: porque los Mexicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificándole con nueva estacada, y creyendo, ménos advertidamente, lograr segundo golpe, sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo: y procurando adelantar quanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaberal, que se descubria no muy distante de la zelada enemiga: y que usando de su mismo estratagema, saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas, que buscaba las canoas de la

provision, y acercándose despues á las piraguas ocultas lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entónces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el parage de la contraemboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto; salieron los Mexicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos, y mayor velocidad; hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos (ántes que se pudiesen detener) con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dexando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la repeticion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente que las defendia: con que no solo se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo: pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los Mexicanos el ardid, ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entónces freqüentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas; y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los

sitiados la hambre y la sed; ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas: y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozín: "Convidándole con la paz, y "ofreciéndole partidos ventajosos en órden á de- "xarle con el reyno, y en toda su grandeza, que- "dando solamente obligado á reconocer el su- "premo dominio en el Rey de los Españoles; "cuyo derecho apoyaba entre los Mexicanos la "tradicion de sus mayores, y el consentimiento "de los siglos." En esta substancia fué su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia: porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa, que ya miraba como alhaja de su Rey.

Oyó entónces Guatimozín con ménos altivez que solia el mensage de Cortés: y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos, que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta: "El estado "miserable á que se hallaba reducida la ciudad: "la gente de guerra que se perdia: lo que se con- "gojaba el pueblo con los principios de la necesi- "dad: la ruina de los edificios; y últimamente "pidió consejo, inclinándose á la paz lo bastante,

"para que le siguiese la lisonja ó el respeto." Como sucedió entónces; porque todos los Cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion, ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria: ó sería verdad en estos ministros la mentira de sus Dioses: porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el zelo de la religion, ó libre con el pretexto de piadoso, que se reduxeron á él todos los votos: y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, (porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina) resolvió que se continuáse la guerra, intimando á sus ministros, que perderia la cabeza qualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegáse á ver la ciudad, sin exceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad: y envian-

do las órdenes á los dos Capitanes de Tacúba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Christoval de Olid por Cuyoacán. Tenian los enemigos abiertos los fosos, y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos; y pasó el exército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada, para ensanchar aquel foso, dexándole con sesenta pasos de lóngitud; y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses: y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros golpes de la batería, cayó en tierra esta máquina; y los enemigos, despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dexaron con esto libre la ribera: y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luego los Españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban;

por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos, y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Pero ántes de cerrar con el enemigo (que todavia perseveraba en las trincheras con que tenian atajadas las calles) encargó al Tesorero Julian de Alderete que se quedáse á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, aprehendió que no era decente á su persona la ocupacion (á su parecer mecánica) de cegar un foso, quando estaban peleando sus compañeros: y se dexó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía; el qual, ó no supo executarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba: con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Fué valerosa en los primeros ataques la resistencia de los Mexicanos. Ganaronse con dificultad, y á costa de algunas heridas, sus fortificaciones: y fué mayor el conflicto, quando se dexaron atras los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas

ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una floxedad repentina, que pareció execucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban: y segun lo que se presumió entónces, y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozín el desamparo del foso grande, y ordenó á sus Cabos que tratasen de guardarse, y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo; y porque se iba limitando el tiempo de que necesitaba para llegar ántes de la noche á su quartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen, y diesen al fuego algunos edificios, para quitar los padrastros de la entrada siguiente.

Pero apénas se dió principio á la marcha, quando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llàmaban ellos *la bocina sagrada*: porque solamente la podian tocar los sacerdotes, quando intimaban la guerra, y concitaban los ánimos de parte de sus Dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos, que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el exército de la ciudad, cayó sobre la retaguardia, que llevaban á su cargo los Españoles, una multitud innumerable de gente,

resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas: y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entónces el embarazo del foso, que impedia la retirada, quiso doblarse, y no lo pudo conseguir; porque las naciones amigas, como traian órden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas: siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de Indios nadadores, que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el Capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su quartel herido, y poco ménos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mexicanos. Pasaron de quarenta los Españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos. Perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil Tlascaltécas: y apénas hubo Español que no saliese maltratado. Pérdida verdaderamente gran-

de: cuyas consequencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon, por no descubrir entónces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inexcusable pension de los que gobiernan exércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

CAPITULO XXIII.

Celebran los Mexicanos su victoria con el sacrificio de los Españoles. Atemoriza Guatimozín á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al exército en mayor número, y se resuelve tomar puestos dentro de la ciudad.

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar las puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios, y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fué la pérdida menór, aunque llegarian á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas: sobre los quales hacen la cuenta los que

dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacán.

El Tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprehendió con severidad, dexándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que merecia. Fué preciso alzar por entónces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio, y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entónces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Catalán, que, sin otra medicina que un poco de aceyte, y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas, que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos. Habilidad, ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exâmen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del Cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios

comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice que fué una muger Española (que se llamaba Isabel Rodriguez) la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma el tropezar con estas discordancias de los Autores, no todas se deben apurar: porque, siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los Mexicanos que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Vieronse aquella noche desde los quarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes: y en el mayor (dedicado al Dios de la guerra) se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de ménos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos: cuyos corazones palpitantes (llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu) dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los soldados á decir que percibian las voces, y

conocian los sugetos. ¡ Lastimoso espectáculo ! y, á la verdad, no tanto de los ojos, como de la consideracion ; pero en ella tan funesto, y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dexar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas ántes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los quarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguír la rota de aquella gente, que, no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada ; pero no supieron recatar su movimiento ; porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tratando á manera de culto la desesperacion : y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines, y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dexó bastantemente castigado su atrevimiento.

El dia siguiente dió Guatimozín, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperan-

zas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia: y últimamente divulgó que aquella Deidad, suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los exércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella quantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles: y tuvo inteligencia para introducir en los quarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su Dios entre las naciones de Indios que militaban contra él. Notable ardid, para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los Cabos.

Tenian tan asentado el credito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas; haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el exército: y en las dos ó tres primeras noches faltó de los quarteles la mayor parte de los confederados;

siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismos Tlascaltécas y Tezcucanos se deshicieron con igual desórden; ó porque temieron el oráculo como los demas, ó porque se los llevó tras sí el exemplo de los que le temian. Quedaron solamente los Capitanes, y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fué ménos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco ménos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos Cabos, para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al exército. Diligencia de notable acierto el discurso de Hernan Cortés; porque, pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus quarteles con aquel género de nueva osadía, que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el Príncipe de Tezcúco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos, y con nuevas tropas, que halló formadas para socorrer el exército. Los Tlascaltécas deser-

tores (que fueron de la gente mas ordinaria) no se atrevieron á proseguir su viage, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venia de Tlascála, y fueron mejor recibidos en el exército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos, que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los quales vino á rendirse, y á tomar servicio en el exército la nacion de los Otomies, gente, como diximos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna, rebeldes hasta entónces al imperio Mexicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecido por estéril, y despreciado por inhabitable: con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil aliados á su disposicion, pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco ménos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuvieron ociosos los Mexicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian freqüentes salidas, dexándose ver de dia y de noche sobre los quarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Supose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad: porque la hambre y la sed tenian congojada la plebe, y mal satisfecha la milicia. Enfermaba, y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad. Llamó Hernan Cortés á sus Capitanes, para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del exército.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos, con que le fomentaba el demonio: y se inclinó á que sería conveniente volver luego á las armas, por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados, gente de fáciles movimientos; y que así como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos:

porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos: y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entónces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Vinieron todos en que se continuáse la guerra sin desamparar el asedio: y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mexicanos, resolvió que, reforzando la guarnicion de los quarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas, para tomar puestos dentro de la ciudad: los quales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte, hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlatelúco, donde se unirian las fuerzas, para obrar lo que dictáse la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

CAPITULO XXIV.

Hacense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el exército en el Tlatelúco. Retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad: y los Mexicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Prevenidos los vívres, el agua, y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres Capitanes de sus quarteles el dia señalado al amanecer: Pedro de Alvarado por el camino de Tacúba: Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla: y Hernan Cortés, con el trozo de Christoval de Olid, por el de Cuyoacán, llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Hallaronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente, como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganaronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con floxe-

dad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su quartel lo mejor que fué posible con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mexicanos: desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada: corrió la voz, engrandeciendo el peligro, y apresurando los remedios: acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozín, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuaronse las juntas, y hubo diversos pareceres, desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratáse desde luego de poner en salvo la persona del Rey, sacándole á parage mas seguro: otros, que se fortificáse aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte: y otros, que se intentáse primero desalojar á los Españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozín al consejo de los mas valerosos; y excluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los quarteles enemigos: para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas, con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al exterminio de los Espa-

ñoles. Y poco despues que se declaró la mañana, se daxaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á executar la órden que traian; ántes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque, dieron principio á la fuga con apariencias de retirada; cuyo movimiento (espacioso y remiso por la frente) dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas: y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad: porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en ménos de quatro dias se hallaron los tres Capitanes á vista del Tlatelúco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fué Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga: y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra

banda. Reconoció entónces Pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande adoratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo: y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que le asaltasen y mantuviesen, lo qual se consiguió sin dificultad: porque los defensores trataban ya de retirarse con el exemplo de los suyos. Reduxo luego á un esquadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas, para dar aviso á los demas Capitanes del parage donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Christoval de Olid, y mandaba Hernan Cortés: y la multitud que desembocó en la plaza, huyendo el avance de su gente, dió en el esquadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos, combatidos por ambas partes: y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los Españoles, huyeron desalentados á guardar la persona de su Rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion: y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles

que se dexaban atras, para tener seguras las espaldas: y dispuso que los bergantines, con sus canoas, cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de qualquiera novedad que mereciese reparo.

Fué menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres Mexicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de Indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con Cabos Españoles que no los dexasen escapar con la carga miserable, para celebrar aquellos banquetes de carne humana, que daban la última solemnidad á sus victorias: y con todo este cuidado no fué posible atajar por la raiz el inconveniente; pero se remedió el exceso, y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Vinieron aquella noche diferentes quadrillas de paisanos, poco ménos que difuntos, á dar su libertad por el sustento: y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos; y Hernan Cortés (que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos) ordenó que se les diese algun refresco, para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Por la mañana se vieron llenas de Mexicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian

discurrido, para defender la última retirada: y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta, porque deseaba repetir la instancia de la paz: teniendo entónces por verisímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen, por lo ménos, que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos, unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embaxada tres ó quatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin esperanza de que hacia fuerza la proposicion; porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozín con sus nobles, ministros y militares un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco del Tlatelúco, tenian cerradas todas las avenidas con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagína, que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda, que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el parage que desamparó el enemigo: y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innu-

merable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos, y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar: y se conoció que tenian ellos la misma órden, porque baxaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poniannse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo, para que se creyese que les sobraba el bastimento: y salian de quando en quando algunos Capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los Españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío: y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: " Que truxese otros diez como " él, y permitiria que pasáse á batallar con todos

"juntos aquel Español:" señalando á su page de rodela. Conoció el Indio su desprecio: pero sin darse por entendido, volvió á la porfía con mayor insolencia: y el page, que se llamaba Juan Núñez de Mercado, y sería de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen: y pasando como pudo el foso, cerró con el Mexicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que, sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies. Accion que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido; y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces; y ciñéndole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dexó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del exército.

En los tres ó quatro dias que duró esta suspension de armas, hubo freqüentes conferencias entre los Mexicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos: y algunos clamaban por la

continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su Rey; pero aquellos sacerdotes inmundos, que votaban mandando, como intérpretes de sus Dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos: por cuyo medio encendieron los ánimos, haciéndolos partícipes de su furor, con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozín lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los Dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que, ántes de romper la tregua, saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada, caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Executóse luego esta órden: y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos; de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna; y él conoció luego que hacian aquella prevencion los Mexicanos para escapar con la persona de su Rey, dexando pendiente la guerra y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por General de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiáse á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su e-

xército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse, y ántes que llegáse la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusieronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo: porque al experimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella fragil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro: y segun parece, avisaron de él á Guatimozín; porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su Príncipe: y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso quatro Mexicanos en trage de ministros, los quales (hechas con afectada gravedad las humiliaciones de su costumbre) dixeron á Cortés: "Que la magestad "suprema del poderoso Guatimozín, su Señor, "los habia nombrado por tratadores de la paz, y "los enviaba para que, oyendo al Capitan de los "Españoles, volviesen á informarle de lo que se "debia capitular en ella." Respondió Hernan Cortés: "Que la paz era el único fin de sus ar"mas; y aunque pudieran ellas dar entónces la "ley á los que tardaban tanto en conocer la razon,

" venia desde luego en abrir la plática para que
" se volviese al tratado. Pero que materias de
" semejante calidad se ajustaban dificultosamente
" por terceras personas: y así era necesario que
" su Príncipe se dexáse ver, ó por lo ménos se
" acercáse con sus ministros y consejeros, por si
" hubiese alguna dificultad que necesitáse de con-
" sulta, puesto que se hallaba con ánimo de venir
" en quantos partidos no fuesen repugnantes á la
" superior autoridad de su Rey; á cuyo fin le
" ofrecia con empeño de su palabra, (y añadió la
" fuerza del juramento) que por su parte, no solo
" cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en
" su obsequio todas las atenciones que mirasen á
" la seguridad y al respeto de su persona."

Retiraronse con este mensage los Enviados, satisfechos, al parecer, de su despacho; y volvieron aquella misma tarde á decir: " Que su Príncipe
" vendria el dia siguiente con sus criados y minis-
" tros á escuchar desde mas cerca los capítulos de
" la paz." Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos, hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones, para executar la retirada que ya tenian resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos Enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozín hasta otro dia, por un accidente que le habia sobrevenido. Alargóse

despues el plazo con pretexto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron quatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban: tanto, que tuvo hechas algunas prevènciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozín; y quando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desayre, y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

CAPITULO XXV.

Intentan los Mexicanos retirarse por la laguna. Pelean sus canoas con los bergantines, para facilitar el escape de Guatimozín: y finalmente se consigue su prision, y se rinde la ciudad.

LLEGÓ el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozín, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mexicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés: y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Movieronse al mismo tiempo las canoas enemigas, en que venian los nobles, y casi todos los Cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que, retirada la persona de su Rey entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo executaron, acometiendo á los bergantines

con tanto ardimiento, que, sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remos seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada: y ordenó al Capitan Garcia de Holguín que partiese á darles caza con el bergantin de su cargo, y procuráse rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

Nombró entre los demas Capitanes á Garcia de Holguín, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos, circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta, y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dexarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los Mexicanos de la primera dixeron á grandes voces, que no se disparáse, porque venia en aquella embarcacion la persona de su Rey (segun lo interpretaron algunos soldados Españoles, que ya sabian algo de su lengua) y para darse á entender

mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua, se arrojaron á la presa Garcia de Holguín y algunos de sus Españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozín: y conociendo al Capitan en el semblante de los otros, le dixo: "Yo soy tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar: solo te pido que atiendas al decoro de la Emperatriz y de sus criadas." Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su muger, para que subiese á él: tan lejos de la turbacion, que, reconociendo á Garcia de Holguín cuidadoso de las otras piraguas, añadió: "No tienes que discurrir en esa gente de mi séquito; porque todos se vendrán á morir donde muriere su Príncipe:" y á su primer seña dexaron caer las armas, y siguieron el bergantin como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas: y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza, que tomó á su cargo la resolucion de facilitar, á costa de su sangre, la libertad de su Rey. Pero duraron poco en la batalla: porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia;

pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los bergantines, para seguir la fortuna de su Príncipe.

Llegó entónces Garcia de Holguín, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió, como de paso, cuenta del suceso: y viéndole inclinado á encargarse del Gran Prisionero, continuó su viage, temiendo que pasáse á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuabanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad: y los Mexicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los Españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento; hasta que, sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozín, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados que de temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entónces el aviso que adelantó Garcia de Holguín: y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luego á los Cabos de su exército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones, sin pasar á mayor empeño hasta otra órden: y enviando al mismo tiempo dos compañías de Españoles al surgidero, para que asegurasen la persona

de Guatimozín, salió á recibirle cerca de su alojamiento: cuya funcion executó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron mas que las palabras las señas exteriores; y Guatimozín correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado, para encubrir el despecho.

Quando llegaron á la puerta, se detuvo el acompañamiento, y Guatimozín entró delante con la Emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentaronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomáse Cortés su asiento: tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática, diciendo: " ¿ Qué aguar-
" das, valeroso Capitan, que no me quitas la vida
" con ese puñal que traes al lado? Prisioneros
" como yo siempre son embarazosos al vencedor.
" Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha
" de morir á tus manos, ya que me ha faltado la
" de morir por mi patria."

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dixo lo demas el llanto, llevándose tras sí las claúsulas de la voz, y la resistencia de los ojos. Siguióle con ménos reserva la Emperatriz: y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad, para no enternecerse. Pero dexando algun tiempo al desahogo de ambos Príncipes, respondió á Guatimozín: " Que no
" era su prisionero, ni habia caido en semejante

" indignidad su grandeza, sino prisionero de un
" Príncipe tan poderoso, que no tenia superior en
" todo el orbe de la tierra; y tan benigno, que
" de su real clemencia podia esperar no solamente
" la libertad que habia perdido, sino el Imperio
" de sus mayores, mejorado con el título de su
" amistad: que por el tiempo que tardáse la no-
" ticia de sus órdenes, sería respetado y servido
" entre los Españoles de manera que no le hiciese
" falta la obediencia de sus Mexicanos." Y quiso
pasar á consolarle con algunos exemplos de coro-
nas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para
sufrir los remedios, y temió la empresa de redu-
cirle sin mortificarle: porque no se hicieron los
consuelos para Reyes desposeidos; ni era fácil
buscar la conformidad en el ánimo, quando falta-
ba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozín mozo de veinte y tres á veinte
y quatro años, tan valeroso entre los suyos, que de
esta edad se halló graduado con las hazañas y vic-
torias campales, que habilitaban á los nobles para
subir al Imperio. El talle de bien ordenada pro-
porcion: alto sin descaecimiento, y robusto sin
deformidad. El color tan inclinado á la blancura,
ó tan lejos de la obscuridad, que parecia extrangero
entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que
hiciese disonancia entre las demas, daba señas de
la fiereza interior, tan enseñado á la estimacion
agena, que aun estando afligido, no acababa de

perder la magestad. La Emperatriz (que sería de la misma edad) se hacia reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba ménos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del Gran Motezuma, ó segun otros, su hija: y quando lo supo Hernan Cortés, repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel Príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su exército, para que se acabáse de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos: y cortando la conversacion, se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dexólos á cargo de Gonzalo de Sandoval, con la guardia que pareció suficiente: y ántes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozín, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: "Que no los maltratáse, ni ofendiese; pues bastaria para rendirlos la noticia de su prision." Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés: cabiendo entre sus congojas este notable cuidado, verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasage, dispuso tambien que le acompañáse uno de sus ministros: mandando por este medio á la gente de guerra, y al resto de sus

vasallos, que obedeciesen al Capitan de los Españoles, pues no era justo provocar á quien le tenia en su poder, ni dexar de conformarse con el decreto de sus Dioses.

Estaba el exército en la misma disposicion que le dexó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad, porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que los puso la prision de su Rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apénas les intimó la órden que llevaba, quando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados, y sin llevar Indios de carga: lo qual executaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia, ni mal pasage: y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados, que tanto los aborrecian.

Entró despues el exército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad; y solo se hallaron lástimas y miserias, que hacian horror á la vista, y miedo á la consideracion: impedidos y enfermos, que no pudieron seguir á los demas, y algunos

ridos, que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fué de mayor espanto á los Españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exêquias: de que resultaba un olor intolerable, que atemorizaba la respiracion: y á la verdad, tenia poco ménos que inficionado el ayre, cuyo rezelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus quarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel parage sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacán, llevando consigo el trozo de Christoval de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso como conseqüencias de aquella felicidad.

Sucedió la prision de Guatimozín, y la total ocupacion de México, á trece de Agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de San Hypolito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne Martyr, con título de Patron. Duró el sitio noventa y tres dias: en cuyos varios accidentes, prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia

y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los Españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los Mexicanos la gloria de haber asistido á su defensa, y á la de su Rey, hasta la última obligacion del espíritu y de la paciencia.

Preso Guatimozín, y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los Príncipes Tributarios, y despues los Confinantes: unos á la opinion, y otros á la diligencia de las armas: y se formó en breve tiempo aquella gran Monarquía, que mereció el nombre de Nueva España: debiendo el Máxîmo Emperador Carlos Quinto á Fernando Cortés no ménos que otra corona digna de sus Reales sienes. ¡ Admirable Conquista, y muchas veces ilustre Capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros exemplos en la Historia.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE SE CONTIENEN EN EL TOMO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

PAG.